LA DOBLE VIDA DE DON LENCHO HEREDIA
SALVADOR RANGEL ABUD

LA DOBLE VIDA DE DON LENCHO HEREDIA

Una novela de Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

San Joaquín del Llano, México, tiempo presente. Cuando el padre Elías Méndez llega a este pueblo perdido entre cerros y polvo, las campanas del templo suenan solas. Nadie lo advierte porque en San Joaquín ya nada sorprende: la gente aprendió hace mucho a no preguntar, a no mirar, a guardar silencio como quien guarda la vida.

En el centro de todo está don Lorenzo Heredia, a quien todos llaman don Lencho. Hacendado respetado, hombre de misa y de palabra, su nombre pesa en el pueblo como pesan las cosas que no se discuten. Pero bajo esa figura construida durante décadas coexiste otra: la del hombre que sembró amapola entre las milpas, que enterró a sus muertos sin cruz ni nombre, que aprendió desde joven que en este mundo el que no defiende lo suyo se queda sin nada.

También llega Esteban Ruvalcaba, periodista de sombrero blanco, mandado por una revista capitalina a escribir sobre el éxito agrícola de la región. Lo que encuentra es una historia que no se puede escribir, no se puede publicar, no se puede contar sin pagar el precio de contarla.

La tierra, que todo lo ve y todo lo guarda, lleva años cargando el peso de los secretos de don Lencho. Sus grietas guardan huesos. Sus raíces abrazan lo que los hombres quisieron olvidar. Y cuando llega el momento en que ya no puede callar más, la tierra habla con la única voz que nadie puede silenciar: la de los muertos.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene violencia rural y narcoviolencia en el campo mexicano, desapariciones forzadas y entierros clandestinos, abuso de poder y cacicazgo, muerte violenta de personajes secundarios, y una atmósfera sostenida de amenaza y silencio impuesto.

No es una novela de acción ni un relato de denuncia periodística. Es una tragedia moral narrada desde múltiples voces, incluyendo la de la tierra misma, con el ritmo de quien conoce que el desenlace es inevitable desde la primera página. La tensión no proviene de persecuciones sino de la acumulación de lo que no se dice, de lo que todos saben y nadie nombra.

El referente cultural es profundamente mexicano: el caciquismo rural, la complicidad institucional, la fe popular mezclada con el miedo, la tierra como entidad moral. El lector encontrará un mundo reconocible aunque incómodo, construido con la precisión de quien conoce esa realidad desde adentro.

Audiencia recomendada: Adultos con interés en narrativa rural mexicana, realismo telúrico contemporáneo, literatura de poder y silencio, y lectores que aprecian la tradición de Rulfo sin nostalgia ni folclorismo.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctor en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública. Escribe desde Xalapa, Veracruz.

Su formación científica y su conocimiento profundo de la realidad institucional mexicana son el sustrato desde el que construye sus ficciones. En La doble vida de Don Lencho Heredia, ese conocimiento se traduce en la representación precisa del caciquismo rural, de los mecanismos de complicidad que sostienen el poder local, y de la manera en que las instituciones —la Iglesia, el Estado, el periodismo— navegan su relación con ese poder sin tocarlo de frente.

Rangel Abud no escribe sobre el campo mexicano: escribe desde él, con la autoridad de quien conoce la textura moral de esos mundos y sabe que la gran narrativa rural del país no ha dicho aún todo lo que tiene que decir.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La doble vida de Don Lencho Heredia Autor: Salvador Rangel Abud Idioma: Español Extensión: Aproximadamente 33,765 palabras Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo Género: Narrativa rural / Realismo telúrico / Novela moral Año: 2026 Ubicación: San Joaquín del Llano, México (campo mexicano contemporáneo) Formato disponible: Digital de distribución libre bajo licencia Creative Commons

---

NOTA DEL AUTOR

Esta novela comenzó con una pregunta sencilla y perturbadora: ¿qué pasa cuando el hombre más poderoso del pueblo también es el más culpable, y todos lo saben, y nadie dice nada?

No quise escribir sobre la excepcionalidad del mal. El narco, la violencia rural, el caciquismo no son fenómenos de villanos cinematográficos. Son fenómenos de personas ordinarias que toman decisiones ordinarias en circunstancias que las van empujando hacia algo que, visto desde afuera, parece monstruoso pero que desde adentro tiene su propia lógica, su propia necesidad, su propia justificación.

Don Lencho no nació malo. Aprendió que el mundo tiene reglas distintas a las que se enseñan en las misas. Y una vez que aprendió eso, ya no pudo desaprender.

Lo que me interesaba no era la violencia en sí sino el silencio que la rodea. Ese silencio colectivo, sostenido durante décadas, en el que participa el

pueblo entero: el que calla por miedo, el que calla por conveniencia, el que calla porque ya no distingue entre ambas cosas. Un silencio tan pesado que solo la tierra puede cargarlo. Y que la tierra, llegado el momento, decide devolver.

La voz de la tierra como narradora fue la decisión formal más importante de la novela. Era la única voz que podía decir la verdad completa, porque era la única que lo había visto todo sin pertenecer a nada ni a nadie.

Salvador Rangel Abud Xalapa, Veracruz 2026

LICENCIA

Esta obra se distribuye bajo licencia © Salvador Rangel Abud. Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato bajo los siguientes términos: debe dar crédito apropiado (Salvador Rangel Abud, "La doble vida de Don Lencho Heredia"), no puede utilizar el material con fines comerciales, y no puede distribuir versiones modificadas.

PALABRAS CLAVE

narrativa rural mexicana, caciquismo, narcoviolencia campo, realismo telúrico, silencio y complicidad, poder local, desapariciones forzadas, tierra y memoria, Rulfo, campo mexicano contemporáneo, Veracruz, moral y culpa, tragedia rural, voz de la tierra, violencia estructural

---

TEMAS PRINCIPALES

El silencio como forma de complicidad. La novela sostiene que el poder de don Lencho no descansa sobre la violencia directa sino sobre el silencio que esa violencia genera. Cada habitante de San Joaquín del Llano es, en alguna medida, cómplice: no por maldad sino por la lógica de sobrevivencia que el miedo impone. La pregunta que la novela lanza no es quién es culpable, sino en qué momento el silencio deja de ser comprensible y se convierte en condena.

La tierra como conciencia moral. San Joaquín del Llano no es un escenario: es un personaje. La tierra recibe la sangre, guarda los huesos, carga los secretos y finalmente los devuelve. Esa decisión narrativa coloca la justicia fuera del alcance de las instituciones humanas y la deposita en algo más antiguo y más implacable. No hay redención posible para don Lencho porque la entidad que lo juzga no tiene misericordia ni procedimiento: solo memoria.

La fe ante el poder absoluto. El padre Elías llega con la fe intacta y descubre que en San Joaquín las palabras de la misa significan otra cosa. La

Iglesia, como institución, coexiste con el poder de don Lencho sin enfrentarlo. El sacerdote individual debe decidir hasta dónde llega su responsabilidad cuando la institución que lo respalda elige no ver.

La imposibilidad de la verdad periodística. Esteban Ruvalcaba viene a contar una historia de éxito y encuentra que la verdad que existe en San Joaquín no se puede publicar. No porque no haya quien la cuente, sino porque contarla tiene un costo que ninguna redacción está dispuesta a pagar junto con el periodista. El sombrero blanco que llega impecable y acaba manchado de polvo es la imagen más honesta sobre el oficio que ofrece la novela.

El origen del mal ordinario. La novela reconstruye cómo Lorenzo Heredia se convierte en don Lencho: no a través de una decisión dramática sino a través de una acumulación de decisiones pequeñas, cada una justificada por la anterior, hasta que ya no hay vuelta atrás. Ese proceso es más inquietante que cualquier monstruosidad porque es reconocible.

CITAS DESTACADAS

"Aquí la gente viene poco a misa, padre. No porque no crean. Sino porque ya no saben en qué creer."

"En San Joaquín del Llano la gente aprendió hace mucho que hay cosas que se ven y no se dicen, cosas que se saben y no se cuentan, y cosas que se callan para siempre porque decirlas en voz alta sería como invocar al diablo."

"Hay lugares donde algunos nombres no deben sonar. Como hay rezos que no deben rezarse."

"La tierra no perdona. La tierra no olvida. Y cuando decide hablar, habla con la voz de los muertos."

"El poder verdadero no es el que grita. Es el que susurra."

"Saber, en San Joaquín del Llano, podía ser peligroso."

"Los muertos no se quedan quietos para siempre. Y él había sembrado tanto, por tanto tiempo, que ya no podía detener la cosecha que se acercaba."

COMPARACIONES LITERARIAS

Pedro Páramo de Juan Rulfo: Como la obra fundacional de Rulfo, esta novela construye un pueblo que es también un estado del alma colectivo, donde los muertos y los vivos comparten el mismo espacio y la culpa no tiene fecha de caducidad. Rangel trabaja la misma tradición sin imitarla: su campo mexicano es contemporáneo, su violencia tiene nombre de cartel, pero la lógica moral es la que Rulfo estableció.

El llano en llamas de Juan Rulfo: La prosa de Rangel comparte con los cuentos de Rulfo esa economía brutal, esa manera de decir las cosas

terribles con la misma voz con que se describen las ordinarias. La violencia no se dramatiza: se constata.

La hojarasca de Gabriel García Márquez: Ambas novelas construyen una comunidad rural dominada por una figura de poder cuya desaparición revela la complejidad moral del pueblo que lo rodeó. García Márquez trabajó desde el Caribe colombiano; Rangel desde el campo mexicano, pero la mecánica del cacicazgo y sus efectos sobre la memoria colectiva son comparables.

Ficciones del narco en la literatura mexicana contemporánea (Yuri Herrera, Fernanda Melchor): Como Herrera y Melchor, Rangel se niega a tratar la narcoviolencia como espectáculo. La sitúa en su contexto económico y moral, la muestra como consecuencia de estructuras más antiguas que el cartel, y centra su atención en quienes viven en los márgenes de ese poder sin ejercerlo directamente.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

El pueblo entero sabía lo que hacía don Lencho y eligió callar. ¿Es ese silencio comprensible? ¿En qué punto la complicidad por miedo se convierte en responsabilidad moral?

El padre Elías y Esteban Ruvalcaba llegan desde afuera con la intención de hacer lo correcto. Ambos fracasan. ¿Qué dice ese fracaso sobre la posibilidad de que agentes externos puedan cambiar realidades profundamente arraigadas?

La tierra como narradora es una voz que no puede mentir ni perdonar. ¿Es esa la voz moral más justa que podía elegir la novela, o hay algo que esa voz no puede ver porque nunca perteneció a ningún bando humano?

Don Lencho confiesa al padre Anselmo sin arrepentimiento. Dice que quiere que lo cobren su cuenta, no que lo perdonen. ¿Es eso lucidez o desesperación? ¿Puede alguien desear su propio castigo sin desear también su redención?

Los hijos de don Lencho llegan después de su muerte a reclamar el rancho y se van con las manos vacías. ¿Es eso justicia poética o simplemente la mecánica del olvido? ¿Hay diferencia?

Si usted viviera en San Joaquín del Llano y supiera lo que todos sabían, ¿hablaría?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

Formato APA: Rangel Abud, S. (2026). La doble vida de Don Lencho Heredia. Internet Archive. [URL]

Formato MLA: Rangel Abud, Salvador. La doble vida de Don Lencho Heredia. 2026. Internet Archive, [URL].

Formato Chicago: Rangel Abud, Salvador. La doble vida de Don Lencho Heredia. Xalapa, Veracruz: Publicación independiente, 2026. Internet Archive.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Autor: Salvador Rangel Abud Ubicación: Xalapa, Veracruz, México Email: wrangel.1352@gmail.com

Otras obras disponibles en Internet Archive: "El Descubrimiento del Milenio" (2026), "El Jardín de los Recuerdos" (2026), "Proyecto Pandora" (2026), "Amor sin Destino" (2025), "Donde el aire ya no alcanza" (2025), "El Silencio del Manglar" (2025), "La Laguna Roja" (2025), "Los Incendiarios de Papel" (2025), "La Última Ovación" (2025), y más de cuarenta títulos adicionales de ficción especulativa, sátira política y narrativa de ideas.

Con más de cincuenta novelas publicadas, Rangel Abud construye una obra sostenida por una doble formación: la del científico que conoce los mecanismos reales de las instituciones y la del narrador que sabe que esos mecanismos tienen consecuencias humanas que solo la ficción puede medir con precisión. Sus novelas de narrativa rural y ciencia ficción especulativa no describen mundos imaginarios: interrogan el mundo real desde el ángulo que solo la literatura puede ofrecer.

MENSAJE FINAL

Don Lencho Heredia no es un monstruo. Es lo que produce un mundo que premia el silencio, castiga la debilidad y llama fuerza a lo que en realidad es miedo acumulado durante décadas.

San Joaquín del Llano existe. No con ese nombre, no con esos personajes exactos, pero existe en cada pueblo donde el hombre más poderoso también es el más intocable, donde la iglesia y el Estado coexisten con ese poder sin enfrentarlo, donde los jóvenes desaparecen y nadie pregunta demasiado.

La tierra guarda esos secretos. Los guarda en grietas, en raíces, en la memoria de quienes sobrevivieron y callaron. Y a veces, cuando ya no puede más, los devuelve.

Esta novela es un intento de escuchar lo que la tierra devuelve. No para juzgar a don Lencho, cuya historia tiene una lógica interna que la hace comprensible aunque no perdonable. Sino para preguntarle al lector algo más incómodo: ¿qué haría usted en San Joaquín del Llano? ¿Sería el padre Elías, que llegó a cambiar las cosas y descubrió que las cosas no querían cambiar? ¿Sería Esteban Ruvalcaba, que vino a contar la verdad y aprendió que la verdad tiene un precio que no siempre se puede pagar? ¿O sería uno más de los que saben, callan, y se convencen de que no había otra opción?

La tierra no juzga. Solo recuerda. Y esa memoria, tarde o temprano, encuentra la manera de hablar.

Publicación digital de distribución libre Creative Commons BY-NC-ND 4.0
2026

ÍNDICE

Prólogo. La vida en el campo mexicano
Capítulo 1. Las Campanas de San Joaquín
Capítulo 2. La tierra no miente
Capítulo 3. El hombre del sombrero blanco
Capítulo 4. El ojo del alacrán
Capítulo 5. Cosechas de sangre
Capítulo 6. La bestia en la cocina
Capítulo 7. A flor de polvo
Capítulo 8. Las cosas que pesan sin verse
Capítulo 9. Los hijos del patrón
Capítulo 10. Las sombras también florecen
Capítulo 11. Las piedras tienen memoria
Capítulo 12. Don Lencho y los perros del llano
Epílogo: Voz de la Tierra

Prólogo

Donde brota lo bueno... también se cuela el veneno

Dicen que por estos llanos, cuando el viento se aquieta y la tierra se pone a susurrar, se oyen cosas que no son de este mundo. No palabras, eso no. Sino como un quejido que sale de muy adentro, del mero corazón de la tierra. Un lamento que arrastra nombres viejos, nombres que ya no deberían pronunciarse porque cargan con el peso de la muerte.

Yo he puesto el oído contra el suelo, en las grietas que abre la sequía, y he escuchado lo que otros no quieren oír. Voces que llaman desde abajo, desde donde la oscuridad no tiene fin. Voces que cuentan de cuando esto no era así, cuando San Joaquín del Llano era apenas un puñado de casas de

adobe y carrizo, con techos de palma que el viento levantaba como suspiros.

Era otro tiempo entonces. El tiempo de antes, cuando la tierra daba lo que podía dar sin que nadie le exigiera más. Maíz cuando llovía, frijol cuando la suerte acompañaba, y hambre cuando Dios así lo quería. Pero era hambre limpia, hambre que no manchaba el alma.

Ahora ya no. Ahora la tierra da otras cosas.

Aquí, en estas tierras que parecen no tener fin, donde el horizonte se pierde entre cerros que se agazapan como animales dormidos, brota de todo. Brota el trigo dorado que se mece con el viento de marzo. Brota la calabaza gorda que se hincha con las lluvias de junio. Brota el jitomate rojo que tiñe las manos de las mujeres en tiempo de cosecha.

Pero también brota lo otro. Lo que se siembra en surcos oscuros, lejos de la vista de Dios y de los hombres de bien. La amapola que florece entre las milpas como una herida abierta. Los bultos que se entierran sin bendición, sin cruz, sin nombre. Los secretos que se pudren bajo la tierra como semillas malditas.

Todo brota de la misma madre, de la misma tierra que nos parió y que nos ha de tragar. Y ella, la tierra, no distingue entre lo bueno y lo malo. Solo recibe lo que le dan y lo guarda en su vientre oscuro, hasta que llegue el tiempo de devolverlo.

En el centro de todo esto, como un árbol que ha crecido torcido pero fuerte, está él. Don Lencho Heredia. Todos lo conocen, pero nadie lo conoce. Todos lo nombran, pero nadie lo llama. Es como esas presencias que uno siente sin ver, que están ahí aunque no las toque.

No siempre fue así. Hubo un tiempo en que Lorenzo Heredia era un muchacho como cualquier otro, con las manos partidas por el arado y la espalda quemada por el sol. Trabajaba la tierra de su padre, que era poca y mala, y soñaba con tener algo propio. Algo que fuera suyo y de nadie más.

Pero el joven Lorenzo tenía una cosa que otros no tenían: sabía esperar. Sabía quedarse callado cuando otros gritaban. Sabía mirar cuando otros cerraban los ojos. Y sobre todo, sabía que en este mundo no basta con trabajar. Hay que saber mandar.

La primera vez que mató fue por necesidad. O eso se dice. Fue cuando los hermanos Aguirre vinieron a cobrar una deuda que su padre no podía pagar. Vinieron con pistolas y con amenazas, creyendo que Lorenzo era como su padre: manso y temeroso. Pero Lorenzo había aprendido algo que su padre nunca supo: que en esta vida, el que no defiende lo suyo, se queda sin nada.

Los encontraron después, a los hermanos Aguirre, colgados de un mezquite que todavía está ahí, en el lindero del rancho. Nadie preguntó. Nadie investigó. Fueron tiempos de violencia, decían. Cosas que pasan, decían. Y Lorenzo siguió trabajando la tierra como si nada hubiera pasado.

Pero algo había cambiado en él. Algo se había roto, o tal vez se había completado. Ya no era el mismo muchacho que rezaba el rosario con su madre en las noches. Ahora era otra cosa. Algo más duro, más frío. Algo que la tierra había moldeado a su manera.

Así empezó todo. Con dos muertos colgados de un árbol. Con un silencio que creció como mala hierba. Con una mirada que aprendió a matar sin levantar la mano.

Los años pasaron como pasan aquí: despacio, arrastrando los pies, dejando huellas en el polvo. Lorenzo se hizo hombre, después patrón, después don. Su rancho creció como crecen las sombras al atardecer: sin prisa, pero sin pausa, cubriéndolo todo.

Primero fueron diez hectáreas, después cien, luego quinientas. Después tantas que ya nadie las contaba. La tierra se le entregaba como mujer enamorada, sin resistencia, sin quejas. Y él la tomaba toda, la cercaba, la marcaba con su hierro.

Pero no era solo tierra lo que crecía. Era otra cosa. Algo que se movía en las sombras, que hablaba en susurros, que llegaba de noche y se iba antes del amanecer. Algo que dejaba dinero y se llevaba la paz.

La gente del pueblo empezó a cambiar. Ya no eran los mismos campesinos de antes, con sus sombreros de palma y sus guaraches remendados. Ahora algunos andaban con botas de piel, con relojes que brillaban al sol, con camionetas que no tenían razón de estar en manos de gente que trabajaba la tierra.

Pero nadie preguntaba de dónde venían esas cosas. Nadie quería saber. Porque saber, en San Joaquín del Llano, podía ser peligroso.

Don Lencho nunca habló de su otro negocio. Nunca lo nombró. Nunca lo explicó. Pero todos sabían que existía. Lo sabían por las noches en que el cielo se llenaba de luces que no eran estrellas. Lo sabían por los caminos que llevaban a ninguna parte y que sin embargo estaban siempre transitados. Lo sabían por los muchachos que se iban a trabajar para él y ya no regresaban.

El pueblo se acostumbró a vivir con dos verdades. Una que se decía en las misas, en las fiestas, en las conversaciones de la plaza. Otra que se callaba, que se guardaba, que se enterraba como los muertos sin nombre.

Y entre esas dos verdades, Don Lencho caminaba como caminan los poderosos: sin miedo, sin prisa, sin explicaciones. Porque el poder verdadero no es el que grita. Es el que susurra. Y él había aprendido a susurrar tan bajito que solo la tierra lo escuchaba.

Pero la tierra, que todo lo ve y todo lo guarda, empezó a cansarse. Empezó a gemir bajo el peso de tanto secreto. Empezó a agrietarse, a sangrar, a devolver lo que había recibido. Y en sus grietas, en sus llagas, en sus heridas abiertas, comenzaron a brotar cosas que no eran de este mundo.

Aparecieron los susurros. Aparecieron las sombras que caminaban solas. Aparecieron los perros que aullaban sin razón y los gallos que cantaban a deshoras. Aparecieron las campanas que sonaban sin que nadie las tocara, como si los muertos hubieran decidido dar la misa ellos mismos.

Y entonces llegó el padre Elías, joven e inocente, con su fe intacta y sus ojos limpios. Llegó creyendo que venía a un pueblo como cualquier otro, a cuidar almas como cualquier cura. Pero San Joaquín del Llano no era un pueblo cualquiera. Era un lugar donde las almas se habían perdido hace tiempo, donde Dios llegaba tarde y se iba temprano.

También llegó el periodista, el del sombrero blanco, con su cuaderno lleno de preguntas y su cámara que quería fotografiar la verdad. Llegó buscando una historia de éxito, de progreso, de modernidad rural. Pero se encontró con otra historia. Una historia que no se podía escribir, que no se podía publicar, que no se podía contar.

Porque hay verdades que matan. Y en San Joaquín del Llano, la verdad era la cosa más peligrosa que podía cargar un hombre. Don Lencho los vio llegar. Los vio con esa mirada suya que no juzgaba, que no amenazaba, que solo observaba. Sabía que venían por él, aunque ellos no lo supieran. Sabía que la tierra, cansada de guardar secretos, había empezado a hablar.

Y por eso, aunque siguió siendo el mismo hombre silencioso de siempre, algo cambió en él. Algo se endureció, como se endurece el lodo cuando se seca. Algo se preparó para lo que habría de venir. Porque Don Lencho Heredia sabía algo que otros no sabían: que todo lo que se siembra, se cosecha. Y que él había sembrado tanto, por tanto tiempo, que ya no podía detener la cosecha que se acercaba.

La tierra no perdona. La tierra no olvida. Y cuando decide hablar, habla con la voz de los muertos, con el grito de los desaparecidos, con el lamento de las madres que esperan hijos que ya no volverán.

Esta es la historia de esa cosecha. La historia de cuando la tierra se cansó de callar. La historia de cuando el silencio se volvió grito, y el grito se volvió justicia.

Es la historia de Don Lencho Heredia y de la tierra que lo parió, lo alimentó y lo ha de tragar. Porque aquí, en San Joaquín del Llano, hasta las piedras tienen memoria. Y cuando llega el tiempo de recordar, ni el más poderoso puede escapar de lo que ha sembrado.

Quien quiera entender esta historia, que se prepare para caminar por senderos oscuros. Que se prepare para oír voces que no son de este mundo. Que se prepare para ver cómo la tierra, cuando se cansa de guardar secretos, los devuelve todos de una vez.

Y que no espere encontrar justicia donde solo hay ajuste de cuentas. Ni redención donde solo hay consecuencias. Porque esta no es la historia de un hombre bueno que se volvió malo. Es la historia de un hombre que nunca fue bueno, y de una tierra que nunca fue inocente. Es la historia de

cuando los muertos deciden levantarse. Y de cuando la tierra, por fin, dice la verdad.

Capítulo 1

Las Campanas de San Joaquín

Vine a San Joaquín del Llano cuando el sol se desangraba por los cerros, y la tierra toda era como una herida abierta que no quería cerrar. El polvo se me metió en los zapatos desde el primer paso, no como el polvo de otros lugares, sino como algo que tenía sed de hombre. Un polvo viejo, que sabía a hueso molido y a rezos sin terminar.

—Aquí está su parroquia, padre —me dijo el chofer que me trajo desde Magdalena, pero no se bajó del camión. Solo me aventó la maleta y arrancó como si le corriera el diablo.

Desde que pisé esa tierra supe que no era tierra común. Era tierra que guardaba cosas. Que tragaba secretos como agua de lluvia. Y cuando levanté la vista hacia el campanario, las campanas empezaron a sonar solas. Once campanadas lentas, arrastrándose por el aire como si dolieran. Once campanadas para nadie, porque no había muerto.

—Se suenan solas —me dijo un niño que apareció de no sé dónde. Flaco como sarmiento, con los ojos hundidos y la cara curtida de quien ha visto más de lo que debería.

—¿Y quién las toca? —le pregunté.

—Nadie, padre. Aquí las cosas se hacen solas.

El niño se fue corriendo, pero sus palabras se quedaron colgando en el aire como el humo de un cigarrillo muerto. Miré hacia el campanario. Alto y agrietado, como un diente carcomido que se niega a caer. Las campanas seguían temblando, aunque ya no sonaran.

Me esperaba una mujer en la puerta del templo. Enjuta, con el rebozo negro y la mirada que no se fijaba en nada. Tenía una llave en la mano, oxidada, como si hubiera estado esperando años a que alguien llegara a buscarla.

—¿Usted es el nuevo?

—Sí, señora. Padre Elías Méndez.

—Tomasa —se presentó sin dar la mano—. Cuido la iglesia. Las flores. Lo que se puede cuidar.

Me dio la llave como quien entrega una carga. Pesaba más de lo que debería pesar una llave.

—Sepa que aquí hay que hablar bajito, padre. Y andar con cuidado. San Joaquín es pueblo viejo, y los pueblos viejos no olvidan.

Entré al templo y el aire me recibió espeso, como si respirara tiempo detenido. Olía a cera rancia, a madera húmeda, a algo que no supe nombrar pero que me recordó los velorios. Las bancas crujían solas, como

si alguien se hubiera sentado en ellas hace mucho y no se hubiera levantado nunca.

Detrás del altar, un Cristo negro me miraba con ojos que no juzgaban. Ojos cansados, como si hubiera visto tanto que ya no le importara ver más. Me hinqué por costumbre, pero no pude rezar. Las palabras se me quedaban atoradas en la garganta. Solo pude pensar en las campanas, en por qué sonaban solas, en por qué nadie me había dicho que sonaban solas.

Esa primera noche dormí poco. No por el calor, que era mucho, sino por los ruidos que no eran ruidos. Sonidos que se arrastraban por el suelo como si la tierra respirara. Como si debajo de mi cama hubiera alguien que no podía dormir tampoco.

Al día siguiente, Tomasa me explicó las cosas del pueblo mientras barría la iglesia con una escoba vieja.

—Aquí la gente viene poco a misa, padre. No porque no crean. Sino porque ya no saben en qué creer.

—¿Y Don Lencho? —pregunté, porque desde que llegué había oído ese nombre en susurros.

Tomasa dejó de barrer. Se quedó así, con la escoba en la mano, mirando hacia la puerta como si esperara que alguien entrara.

—A Don Lencho no se le nombra adentro de la iglesia —me dijo bajito—. Aquí adentro no existe.

—¿Por qué?

—Porque hay lugares donde algunos nombres no deben sonar. Como hay rezos que no deben rezarse.

No entendí entonces lo que me quería decir. Pero ya lo entendería.

El primer domingo llegaron pocos a misa. Doce personas, contando a los niños. Se sentaron hasta adelante, dejando las bancas de atrás vacías, como si las guardaran para alguien que no iba a venir. O que no debía venir.

Empecé la misa como todas las misas. Con las palabras de siempre. Pero aquí sonaban distintas. Como si significaran otra cosa. Como si las hubieran usado tanto que ya no quisieran decir lo que decían.

Fue cuando levantaba la hostia que lo vi entrar. Un hombre que no hizo ruido al caminar, que no saludó a nadie, que se sentó en la última banca sin quitarse el sombrero. Supe que era él sin que nadie me lo dijera. Por la forma en que todos dejaron de respirar. Por la forma en que el aire se espesó como si fuera a llover.

Don Lencho Heredia.

No era un hombre alto, pero ocupaba lugar como si fuera gigante. Tenía el bigote recortado, la frente ancha, los ojos como brasas que se están apagando. Las manos quietas sobre las rodillas. Botas de piel de víbora que brillaban como si fueran nuevas, aunque se veía que no eran nuevas.

No comulgó. No se persignó. Solo miró. Me miró a mí, miró el altar, miró las paredes como si las estuviera midiendo. Cuando terminé la misa, se levantó y salió sin despedirse. Los demás esperaron a que se fuera para moverse.

—¿Viene seguido? —le pregunté a Tomasa después.

—Cuando quiere que sepamos que está aquí —me respondió—. Cuando quiere recordarnos que aunque no venga, está.

Esa tarde fui a caminar por el pueblo. Las calles eran pocas y polvorientas. Las casas, de adobe y teja, se veían como si hubieran estado ahí desde siempre. Como si las hubiera hecho la tierra misma. En la plaza, bajo un árbol que daba sombra escasa, unos viejos jugaban dominó sin hablar. Solo se oía el ruido de las fichas contra la mesa de madera.

—¿Usted es el nuevo cura? —me preguntó uno de ellos.

—Sí, señor.

—Pues que Dios lo ayude —me dijo, y siguió jugando.

En la cantina de Trinidad, que era la única que había, me senté a tomar una cerveza. El cantinero era un hombre gordo que sudaba aunque no hiciera calor. Me sirvió sin preguntarme qué quería, como si supiera que no tenía mucho de dónde escoger.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunté.

—Trinidad —me dijo—. Como la cantina. Como el misterio.

Se río de su propia broma, pero era risa triste. Risa que no tenía ganas de ser risa.

—¿Y Don Lencho? —pregunté—. ¿Viene por aquí?

Trinidad dejó de limpiar el vaso que tenía en las manos. Me miró como si acabara de decir algo que no debía decir.

—Aquí Don Lencho no toma, padre. Aquí Don Lencho no necesita tomar.

—¿Por qué?

—Porque ya está borracho. Borracho de poder. Y esa borrachera no se quita con nada.

En una mesa del fondo, un viejo de ojos legañosos levantó la cabeza.

—Yo lo vi una vez —dijo con voz ronca—. Lo vi enterrar algo por allá por el monte. Algo que chillaba como niño. Lo vi con estos ojos, aunque los tenga malos. Y desde entonces sueño que la tierra sangra.

Nadie le dijo nada. Pero todos lo escucharon. Como se escuchan las cosas que no se quieren oír pero que hay que oír.

Me fui de la cantina cuando empezó a oscurecer. El camino de regreso a la iglesia se me hizo largo, aunque no lo era. Como si el pueblo se estirara en la noche. Como si las calles se multiplicaran para que no llegara nunca.

Esa noche, las campanas volvieron a sonar. Tres campanadas. Después un silencio que dolía. Subí al campanario con una linterna, pero no encontré a

nadie. Solo las cuerdas que colgaban, moviéndose como si las hubiera tocado una mano invisible.

Desde arriba, el pueblo se veía dormido. Pero no era sueño lo que veía. Era otra cosa. Algo que se parece al sueño pero que es más pesado. Más oscuro. Como si San Joaquín del Llano estuviera siempre esperando que amaneciera, pero el amanecer nunca llegara del todo.

Pasaron los días y las semanas. La gente venía a misa de vez en cuando. Siempre pocos. Siempre callados. Como si vinieran a cumplir con algo que no entendían pero que sabían que tenían que cumplir.

Un día me decidí a ir al rancho de Don Lencho. No llevaba nada más que la Biblia y las ganas de conocer al hombre que tenía a todo el pueblo caminando de puntitas. El rancho estaba a las afueras, rodeado de mezquites y nopales, con un portón de hierro que no tenía candado pero que nadie se atrevía a abrir.

Me recibió un peón que no me dijo su nombre. Solo me miró con desconfianza y me llevó hasta la casa. En el patio, una mujer joven tejía sin levantar la vista. Un perro viejo dormitaba bajo la sombra de un árbol. Todo estaba quieto, como si el tiempo se hubiera detenido ahí para siempre.

Don Lencho estaba sentado en un sillón de cuero, bajo el corredor. No se levantó cuando me vio llegar. No sonrió. Solo me miró con esos ojos que parecían saber cosas que yo no sabía.

—¿Qué se le ofrece, padre?

—Quería conocerlo. Presentarme. Ofrecerle una bendición si la acepta.

Don Lencho se rio, pero no era risa. Era un sonido seco, como si escupiera aire.

—Aquí la única bendición es seguir vivo, padre. Y para eso no hace falta rezar.

Le ofrecí la mano, pero él no la tomó. Solo se quedó ahí, mirándome como si fuera algo que había encontrado en el camino y no supiera si era bueno o malo.

—Dios está en todas partes, señor Heredia.

—Puede ser —me dijo—. Pero aquí el que manda soy yo.

Me acompañó hasta el portón. Antes de irme, sentí algo raro. Como si me hubieran vaciado por dentro. Como si hubiera dejado algo ahí, en ese lugar, y no supiera qué.

Al llegar a la iglesia, Tomasa me esperaba con un jarro de agua fresca y una cara que no me gustó.

—¿Fue a verlo?

—Sí.

—No debió, padre. Aquí la tierra tiene oídos. Y no perdona.

Esa noche las campanas sonaron cinco veces. Después un silencio que se comía a sí mismo. No subí a ver quién las tocaba. Ya sabía que no iba a encontrar a nadie. Ya sabía que en San Joaquín del Llano las cosas pasaban solas, como si el pueblo tuviera voluntad propia.

Empecé a soñar con campanas que lloraban. Con niños sin rostro que me preguntaban por qué no rezaba por ellos. Con manos que brotaban de la tierra como si fueran plantas. Despertaba empapado en sudor, con la sensación de que alguien me había estado mirando dormir.

Un domingo, después del Evangelio, me atreví a preguntar por los muertos del pueblo. Fue algo que se me ocurrió en el momento. Algo que sentí que tenía que hacer.

—Hermanos —dije—, quiero orar por los que ya no están. ¿Quién quiere nombrarlos?

El silencio se hizo tan espeso que podía tocarse. Nadie se movió. Nadie respiró. Hasta las moscas dejaron de zumbar.

Entonces, desde atrás, una voz vieja como el tiempo dijo:

—Efraín.

Y después otra:

—Soledad.

Y otra más:

—Tomás.

Y así, uno por uno, fueron saliendo nombres sin apellidos, sin fechas, sin explicaciones. Como si nombrarlos bastara. Como si con eso los revivieran un poquito.

Al terminar la misa, Tomasa me esperaba con la cara más seria que le había visto.

—Hoy hizo algo peligroso, padre.

—Solo pedí orar por los difuntos.

—Aquí los muertos no están muertos, padre. Están escondidos. Y a los escondidos no hay que despertarlos.

Desde entonces, las campanas empezaron a sonar más seguido. Sin razón. Sin entierro. Como si alguien las tocara desde el otro lado del mundo. O como si fuera el alma misma del pueblo, pidiendo una verdad que nadie quería decir.

Y yo, que había venido a San Joaquín del Llano a cuidar almas, empecé a entender que aquí las almas se habían perdido hace mucho. Que este era un lugar donde Dios llegaba tarde y se iba temprano. Donde la tierra guardaba secretos que no quería guardar. Donde los muertos no descansaban porque no los habían dejado descansar.

Pero también entendí que había llegado por algo. Que las campanas que sonaban solas me estaban llamando. Que los nombres que susurraban en

las misas me estaban pidiendo algo. Que San Joaquín del Llano no era solo un pueblo donde me habían mandado a dar misa. Era un lugar donde tenía que hacer algo más. Algo que todavía no sabía qué era, pero que la tierra misma me iba a enseñar.

Porque aquí, en San Joaquín del Llano, hasta las piedras tienen memoria. Y cuando llega el tiempo de recordar, ni el más callado puede seguir callando.

Capítulo 2

La tierra no miente

Cuando el sol apenas asomaba su cabeza calva por los cerros, Don Lencho ya andaba a caballo por los linderos de su hacienda. No necesitaba mapas ni mojones para saber dónde terminaba lo suyo y empezaba lo ajeno. Llevaba la propiedad marcada en el alma, como cicatriz que no se borra. Cada surco, cada piedra, cada mata de zacate que se empeñaba en crecer donde no debía.

El caballo conocía el camino. Sabía cuándo parar, cuándo seguir, cuándo quedarse quieto mientras su amo se bajaba a platicar con la tierra. Porque Don Lencho le hablaba a la tierra como otros le hablan a los santos. Le contaba cosas que no le contaba a nadie. Le pedía favores que no le pedía ni a Dios.

—Estás cansada, ¿verdad, prieta? —le dijo esa mañana, hincándose sobre el surco recién arado—. Te veo en la cara que ya no quieres dar más maíz. Que ya no quieres parir calabazas gordas ni jitomates rojos.

Se llevó un puño de tierra a la nariz y la olfateó despacio, como quien huele el aliento de un enfermo para saber qué mal lo aqueja. Olía a silencio viejo. A sangre que se secó hace tiempo. A luto mal enterrado.

La tierra no mentía. Él sí.

Recordaba cuando su padre, ya con los pulmones hechos trapo por tanto polvo respirado, le entregó las riendas de la hacienda. No hubo ceremonia ni discursos. Solo le puso el machete en las manos y una libreta de cuentas en el bolsillo. "Esto es lo que hay. Lo demás te lo ganas", fue lo único que le dijo. Y desde entonces, Don Lencho se lo fue ganando todo. La tierra, el respeto, el miedo, los silencios de la gente.

Pero también se ganó otra cosa. Algo que no se dice en voz alta ni se muestra en público. Algo que se esconde en las uñas, en el sudor que huele a hierro, en los sueños que uno prefiere no recordar.

Se volvió patrón no por herencia, sino por la manera en que la gente bajaba la vista cuando lo saludaba. Por cómo callaban cuando pasaba montado. Por cómo se persignaban sin darse cuenta, como si su sombra fuera de otro mundo.

Y sin embargo, había días como ese. Días en que la tierra le devolvía la mirada. Días en que no bastaban los hombres armados, ni las camionetas

blindadas, ni los pactos con los de la sierra. Días en que la tierra lo miraba como se mira a un hijo que ha hecho daño.

—No me reclames, mujer —le decía a veces, apretando los dientes—. Lo hice por ti. Lo hice pa' que no te volvieran a tocar los pies los que venían a robarte.

Pero la tierra no respondía. Nunca respondía. Solo dejaba que el viento levantara el polvo donde dormían los muertos sin cruz.

Montó de nuevo y siguió el camino que bordeaba la milpa vieja. Los maizales estaban altos, pero callados. Antes, cuando el patrón pasaba, los trabajadores levantaban la gorra y gritaban "¡Buenos días, don!". Ahora apenas si asomaban los ojos por encima de las plantas. Sabían demasiado. O no querían saber más. Y Don Lencho lo entendía. No se puede andar mucho tiempo sobre huesos sin empezar a oírlos crujir bajo las botas.

Esa mañana vio algo que no debía estar ahí. Un perro escarbando donde no debía escarbar. Le tiró una piedra, pero el animal no huyó. Lo miró, y en sus ojos había una tristeza que Don Lencho no supo leer. Era como si el perro supiera algo que él no quería saber. Bajó del caballo, fue hasta el sitio y pateó el suelo. La tierra cedió. Había algo enterrado. Algo reciente. Una lona negra mal-doblada, con cuerdas aún húmedas.

No preguntó. No llamó a nadie. Solo se inclinó y tapó todo de nuevo. Con cuidado. Como si cerrara una herida. Después se limpió las manos en el pantalón y murmuró algo que nadie oyó.

—Que no me reclames más, prieta. Yo no te hice promesas. Solo acuerdos.

Siguió el camino, y el sol ya estaba alto, clavándose en la espalda como reproche. Pensó en su padre. Pensó en los primeros años, cuando no había más que maíz, frijol, y la amenaza constante de los usureros que llegaban con papeles y sonrisas falsas. En cómo aprendió a tratar con ellos: primero con palabras, después con la escopeta. La tierra le enseñó eso. Que el que no defiende lo suyo, no merece tenerlo. Que hay que ser más duro que el sol, más terco que las piedras.

Pero la tierra también le enseñó otra cosa. Algo que aprendió tarde, cuando ya no había vuelta atrás. Que todo lo que se siembra, se recoge. Y que hay cosas que brotan aunque uno no las haya plantado.

Recordó las primeras veces. Los paquetes que llegaban de noche. Las cajas que se enterraban como semillas. Las promesas del norte. El dinero fácil, que entraba como agua de arroyo después de la lluvia. Y con él, la otra vida. La de las camionetas negras que no tenían placas. La de los hombres sin rostro que hablaban con la voz tapada. La de los pozos donde no se saca agua, sino silencio.

Al principio creyó que podía con todo. Que era dueño no solo del rancho, sino del tiempo. Que podía ordenar a los días que lo obedecieran. Pero el tiempo no se amansa. Y la tierra, menos.

Su madre le había dicho una vez: "La tierra escucha, mijo. No hables lo que no quieres que se quede." Y por eso nunca hablaba. Solo lo pensaba todo. Y lo callaba. Como ahora.

Llegó al viejo encino, el árbol donde su madre le enseñó a rezar. Aún recordaba la voz de ella, delgada y firme, diciéndole que todas las cosas tenían alma. Que los árboles guardaban secretos. Que la tierra no perdona, pero tampoco olvida.

Bajó del caballo y se acercó al tronco. La corteza estaba marcada con iniciales viejas. L.H. + S.M. Las había grabado cuando era joven, cuando creía que el amor duraba para siempre. Soledad Morales. La única mujer que lo había mirado sin miedo. La única que se había atrevido a decirle que no.

—Ya sé lo que estás diciendo —le dijo al árbol, como si su madre aún viviera allí, en las ramas o en la sombra—. Que me pasé. Que me fui muy lejos. Pero tú también sabes, tú también lo viste. Sin eso no tendríamos nada.

La brisa sopló apenas. Un murmullo entre las hojas secas. Como si el árbol dudara en perdonarlo.

Desde allí se veía todo el valle. Las tierras aradas como heridas paralelas. Las parcelas divididas por alambre de púas. Los caminos donde ya no crecía nada porque los habían pisoteado demasiado. Y en el horizonte, la silueta de la iglesia, como una herida blanca en el cielo.

Entonces recordó al cura nuevo. Jovencito. Delgadito. Con los ojos aún limpios y la fe intacta. Le daba lástima. Venía de la ciudad, donde las cosas son blancas o negras. Donde el bien y el mal se distinguen como el día y la noche. Pero San Joaquín del Llano no era lugar para certezas. Era lugar de sombras, de verdades a medias, de silencios que pesaban más que las palabras.

—Ese muchacho no va a durar aquí —dijo en voz baja, casi con lástima—. La tierra lo va a escupir como a los otros.

Había habido otros curas antes. Tres, para ser exactos. Uno se fue porque no podía dormir con las campanas que sonaban solas. Otro porque empezó a ver cosas que no estaban ahí. El tercero... bueno, el tercero no se fue. Lo encontraron una mañana en el campanario, colgado con la cuerda de las campanas. Dijeron que se mató él mismo. Dijeron que la soledad lo volvió loco. Pero Don Lencho sabía que algunos silencios matan más que las balas.

Montó de nuevo. Ya no había sombra en ningún lado. Solo un calor denso, como si el sol quisiera quemar el pasado. El caballo resopló y echó a andar cuesta abajo, entre el polvo y las chicharras que cantaban su canción de muerte.

Pasó por la parcela donde trabajaba Eusebio, el que había sido su compadre antes de que las cosas se pusieran difíciles. El hombre levantó la

cabeza cuando sintió los cascos del caballo, pero no saludó. Solo lo miró con esa mirada que conocía bien. La mirada de quien ha visto demasiado y ya no puede fingir que no ha visto nada.

—Buenos días, Eusebio.

—Don Lencho —respondió el hombre, quitándose la gorra.

No dijeron más. No había más que decir. Entre ellos corrían secretos como agua subterránea. Secretos que los unían y los separaban al mismo tiempo. Porque Eusebio había estado ahí aquella noche cuando trajeron el primer cargamento. Había ayudado a enterrar las cajas en el monte. Había visto cómo cambiaba todo. Cómo el dinero llegaba y se iba. Cómo la gente empezaba a desaparecer.

Siguió el camino, y el valle se extendía ante él como una herida abierta. Sus tierras. Su reino. Su condena. Porque Don Lencho sabía algo que otros no sabían: que la tierra no perdona. Que todo lo que se entierra, algún día sale. Que los muertos no se quedan quietos para siempre.

La tierra no mentía. Nunca mentía. Solo esperaba. Y cuando esperaba mucho... florecía.

Pero no siempre florecía maíz.

A veces florecían otras cosas. Cosas que era mejor no nombrar. Cosas que se movían de noche. Cosas que hacían que las campanas sonaran solas.

Y por eso, aunque seguía siendo el hombre más poderoso del pueblo, Don Lencho Heredia tenía miedo. Miedo de que la tierra se cansara de guardar secretos. Miedo de que los muertos se levantaran a cobrar lo que se les debía. Miedo de que llegara el día en que tuviera que pagar por todo lo que había sembrado.

Porque sabía que ese día llegaría. Lo sabía por la manera en que la tierra lo miraba. Por cómo las campanas sonaban sin que nadie las tocara. Por cómo los perros escarbaban donde no debían escarbar.

La tierra no mentía. Y él ya no podía seguir mintiéndose a sí mismo.

Regresó a la casa cuando el sol estaba en lo más alto. Se bajó del caballo y se quedó un momento en el patio, mirando el suelo. Pensando en todo lo que había enterrado ahí. En todo lo que había sembrado. En todo lo que estaba a punto de cosechar.

Porque la cosecha se acercaba. Lo sabía por el aire, que olía a tormenta. Lo sabía por las nubes que se juntaban en el horizonte. Lo sabía por los sueños que ya no lo dejaban dormir.

Y cuando llegara esa cosecha, ni él ni nadie en San Joaquín del Llano podría detenerla.

La tierra no mentía. Y la tierra ya estaba cansada de callar.

Capítulo 3

El hombre del sombrero blanco

Llegó cuando el sol de febrero empezaba a quemar las milpas secas. Nadie lo esperaba en la estación del ferrocarril, que no era más que un cobertizo de lámina con una banca carcomida por el tiempo. Bajó del vagón de tercera con un maletín de cuero que había conocido mejores días, una libreta forrada en hule negro, y ese sombrero blanco que parecía haber nacido limpio y estar condenado a seguir siéndolo.

Se llamaba Esteban Ruvalcaba y venía de la capital, mandado por una revista que hablaba de progreso y modelos de desarrollo rural. Traía zapatos de charol que no sabían de surcos ni de lodo, y una manera de hablar pausada, como si las palabras le costaran dinero.

—Vengo a hacer un reportaje sobre el éxito agrícola de la región —le dijo a la viuda Espíritu, que lo hospedó porque era la única que recibía huéspedes en San Joaquín—. Dicen que aquí hay un ejemplo de lo que puede lograr la iniciativa privada.

La viuda lo miró con esos ojos que había usado para despedir a tres hijos y un marido. No era mirada de lástima, sino de reconocimiento. Como quien ve un cordero perdido en tierra de lobos.

—Aquí no hay ejemplos, joven —le dijo mientras le mostraba el cuarto que olía a alcanfor y a rezos antiguos—. Aquí lo único que prospera es el olvido.

El cuarto era pequeño, con una cama de hierro, una mesa de pino y una ventana que daba al monte. Desde ahí se veía la torre de la iglesia, que se alzaba como un dedo acusador contra el cielo. Esteban dejó sus cosas y se sentó en la silla de tule, mirando el paisaje que le parecía familiar sin haberlo visto nunca. Como si fuera un lugar que había soñado y hubiera despertado adentro.

La primera noche no durmió bien. No por el calor, que era mucho, sino por el silencio. Un silencio que no era ausencia de ruido, sino presencia de algo que no quería ser nombrado. Se escuchaban los grillos, las chicharras, el viento entre los mezquites. Pero por debajo de todo eso había otra cosa. Como si la tierra respirara con dificultad.

Al amanecer salió a recorrer el pueblo. San Joaquín del Llano tenía esa cualidad de los lugares que han visto demasiado: parecía más viejo de lo que era. Las casas de adobe se veían cansadas, como si hubieran perdido las ganas de mantenerse en pie. Los pocos habitantes que encontró en las calles lo saludaron con cortesía, pero sin curiosidad. Como si estuvieran acostumbrados a que llegara gente y se fuera sin dejar huella.

En la tienda de don Aurelio, que también era la única cantina del pueblo, pidió una cerveza y sacó su libreta. El dueño era un hombre de bigote canoso que sudaba aunque no hiciera calor.

—¿Usted es el periodista? —le preguntó sin mirarlo a los ojos.

—Sí, señor. Vengo a escribir sobre el desarrollo agrícola de la región.

Don Aurelio limpió un vaso que ya estaba limpio.

—¿Y qué va a escribir?

—Lo que vea. Lo que me cuenten.

—Pues aquí no se cuenta mucho. Y lo que se ve... mejor no se ve.

Esteban anotó la frase en su libreta. Había algo en la manera de hablar de la gente que lo inquietaba. Como si todas las conversaciones tuvieran un segundo piso, un sótano donde se guardaban las palabras importantes.

—¿Conoce usted al señor Heredia? —preguntó.

El silencio que siguió fue tan espeso que podía tocarse. Don Aurelio dejó de limpiar el vaso.

—Aquí todos conocemos a don Lencho —dijo finalmente—. Pero conocer no es lo mismo que saber.

—¿Qué diferencia hay?

—Conocer es ver pasar a alguien por la calle. Saber es... saber es peligroso.

Esa tarde, Esteban caminó hasta los linderos del rancho Heredia. Era una extensión inmensa de tierra cultivada, con surcos perfectos que se perdían en el horizonte. Había tractores nuevos, sistemas de riego, trabajadores que se movían con la eficiencia de quien sabe que lo están viendo. Todo se veía próspero, ordenado, moderno.

Pero había algo más. Algo que no salía en las fotografías ni en los informes. Una tensión en el aire, como si la tierra misma estuviera conteniendo la respiración.

Se acercó a la entrada principal del rancho. Un portón de hierro con las iniciales L.H. forjadas en letras mayúsculas. No había timbre, pero apareció un hombre fornido, con la cara marcada por el sol y los ojos opacos.

—¿Qué se le ofrece?

—Busco al señor Heredia. Vengo de la capital, soy periodista.

—Don Lencho no da entrevistas.

—No quiero entrevistarlo. Solo entender cómo funciona el modelo productivo aquí.

—Aquí no hay modelo. Solo trabajo.

El hombre se dio la vuelta para cerrar el portón, pero Esteban alcanzó a ver algo que lo dejó inmóvil. Una mujer joven, muy joven, que lo miraba desde el corredor de la casa principal. No sonreía. No saludaba. Solo miraba con una expresión que no pudo descifrar. Como si lo conociera desde siempre o como si fuera la primera vez que veía a un ser humano.

Esa noche, mientras cenaba en casa de la viuda Espíritu, le preguntó por la mujer del rancho.

—¿Cuál mujer? —respondió la viuda sin levantar la vista del plato.

—Una muchacha joven. Muy bonita. Estaba en el corredor.

La viuda dejó de comer. Sus manos, que parecían hechas de cuero viejo, temblaron apenas.

—Ahí no vive ninguna mujer joven —dijo.

—Pero yo la vi.

—Mire, joven. Aquí hay cosas que se ven y cosas que se miran. Y lo que se mira no siempre está.

Esteban no entendió, pero algo en el tono de la mujer lo hizo guardar silencio. Después de cenar, salió a caminar por el pueblo. Las calles estaban vacías, pero no se sentían abandonadas. Era como si hubiera gente escondida detrás de las puertas, respirando en silencio, esperando.

Pasó por la iglesia, donde una luz tenue se filtraba por las ventanas. Se acercó y vio al padre Elías, el cura joven que había llegado unas semanas antes, sentado en una banca mirando al altar. No rezaba. Solo miraba, como si esperara que el Cristo le dijera algo.

—Buenas noches, padre.

El cura se sobresaltó, como si hubiera despertado de un sueño.

—Ah, usted es el periodista. ¿Cómo le va con su reportaje?

—Extraño. Aquí todos hablan como si supieran algo que no quieren decir.

—Tal vez sea porque lo saben.

—¿Usted también?

El padre Elías se quedó callado un momento. Después suspiró.

—Yo solo sé que las campanas suenan solas. Y que hay noches en que la tierra tiembla sin que haya temblor.

Durante los días siguientes, Esteban siguió investigando. Habló con campesinos, con comerciantes, con los pocos maestros que había en el pueblo. Todos le daban la misma respuesta: sí, el rancho Heredia era próspero. Sí, don Lencho era un hombre respetado. Sí, habían llegado inversiones y tecnología. Pero cuando preguntaba por detalles, las respuestas se volvían vagas, como si las palabras se les escaparan de la boca antes de llegar al final.

Un día, mientras caminaba por los límites del rancho, se encontró con un muchacho que no tendría más de dieciocho años. Estaba arreglando una cerca de alambre, con las manos cortadas y la mirada perdida.

—¿Trabajas aquí? —le preguntó Esteban.

—Sí, señor.

—¿Cómo te llamas?

—Ramiro, señor. Ramiro Velasco.

—¿Hace mucho que trabajas para don Lencho?

El muchacho se puso nervioso. Miró hacia todos lados, como si alguien pudiera estar escuchando.

—Desde que me echaron de la escuela, señor. Ya van tres años.

—¿Y cómo es trabajar aquí?

—Pues... se paga bien. Y el patrón no es malo si uno hace lo que le toca.

—¿Y qué es lo que te toca?

Ramiro dejó de trabajar. Se limpió las manos ensangrentadas en el pantalón.

—Pues... trabajar la tierra. Sembrar. Cosechar. Y no preguntar.

—¿No preguntar qué?

—Nada, señor. Solo no preguntar.

Había algo en los ojos del muchacho que Esteban había visto antes. En los ojos de los soldados que volvían de la guerra. En los ojos de los niños que habían perdido a sus padres. Era miedo, pero no miedo común. Era miedo viejo, heredado, como si hubiera nacido con él.

—¿Has visto cosas raras aquí? —preguntó Esteban.

Ramiro se puso pálido.

—Yo no veo nada, señor. Yo solo trabajo.

—Pero has visto, ¿verdad?

El muchacho guardó sus herramientas y se dispuso a irse. Pero antes de alejarse, se acercó a Esteban y le dijo en voz muy baja:

—Si encuentra lo que busca... no lo escriba.

—¿Por qué?

—Porque hay cosas que si las nombras, te siguen.

Esa noche, Esteban no pudo dormir. Algo había cambiado en el aire. Como si el pueblo hubiera despertado después de un sueño muy largo. Escuchó pasos en la calle, voces que no llegaban a ser palabras, el sonido de camionetas que pasaban sin encender las luces.

A la mañana siguiente, salió temprano. Llevaba la cámara, la libreta, y el sombrero blanco que ya había perdido su blancura original. Caminó hasta los límites del rancho, donde la tierra cambiaba de color y los mezquites crecían torcidos.

Fue ahí donde encontró lo que no debía encontrar.

Entre unos matorrales, medio oculto por piedras y ramas secas, había algo que no debía estar ahí. Al principio pensó que era un hoyo para sembrar. Pero al acercarse vio que era demasiado largo, demasiado profundo. Y que había una hilera de zapatos al borde. Zapatos de diferentes tamaños, como si hubieran pertenecido a distintas personas.

Se acercó más. El olor que salía de ahí no era olor de tierra. Era olor de algo que no debería estar al aire. Se tapó la nariz y miró. En el fondo del hoyo había pedazos de tela, manchados de algo que no quiso identificar.

Tomó una fotografía. Solo una, con la mano temblorosa. Después guardó la cámara y se alejó, caminando cada vez más rápido, hasta que se encontró corriendo por el monte como si lo persiguiera el diablo.

Cuando llegó al pueblo, una camioneta negra estaba estacionada frente a la casa de la viuda Espíritu. Dos hombres con sombreros de palma estaban sentados en la cabina, sin hacer nada. Solo mirando. Esteban pasó junto a ellos sin saludar, pero sintió sus ojos clavados en la espalda.

La viuda lo esperaba en la puerta, con una expresión que no había visto antes.

—Ya se tiene que ir, joven —le dijo sin preámbulos.

—¿Por qué?

—Porque ya vio lo que no se debe ver. Y aquí las cosas que se ven no se pueden dejar de ver.

Esa noche, Esteban escribió. Escribió todo lo que había visto, todo lo que había sentido, todo lo que había olido. Escribió sobre el silencio que no era silencio, sobre la tierra que guardaba secretos, sobre el miedo que se respiraba en el aire. Escribió hasta que los dedos le dolieron y los ojos se le cerraron.

Pero no terminó de escribir. Porque a la madrugada escuchó pasos. Pasos que no eran de una persona, sino de varias. Pasos que se acercaban despacio, como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Se asomó por la ventana. En la calle había hombres. No podía verles las caras, pero podía sentir sus intenciones. Guardó apresuradamente la libreta y la cámara en el maletín. Pensó en huir, pero ya era tarde. Los pasos se habían detenido frente a la casa.

Alguien tocó la puerta. No con prisa, sino con paciencia. Como si supiera que nadie iba a escapar.

La viuda Espíritu abrió. Esteban escuchó voces bajas, un murmullo que no llegaba a ser conversación. Después, silencio.

A la mañana siguiente, la viuda encontró el cuarto vacío. La cama tendida, como si nadie hubiera dormido ahí. Solo quedaba una hoja de papel sobre la mesa, con unas palabras escritas con letra temblorosa:

"Aquí no se puede."

El sombrero blanco estaba colgado en la silla, manchado de tierra roja. La cámara había desaparecido. La libreta también. Como si nunca hubieran existido.

Días después, unos niños que jugaban en el monte encontraron un cuaderno chamuscado entre los matorrales. Las páginas estaban quemadas, pero se podían leer algunas frases sueltas:

"La tierra grita, pero nadie la escucha." "El miedo aquí no es sentimiento, es clima." "Hay un lugar donde el polvo cubre los huesos, pero no los silencia."

Y así fue como Esteban Ruvalcaba desapareció de San Joaquín del Llano. No oficialmente, porque oficialmente nunca había estado ahí. En los registros de la revista no había constancia de que hubieran enviado a nadie. En la estación del ferrocarril no recordaban haber visto a ningún hombre con sombrero blanco.

Solo quedó el rumor. Y los rumores en San Joaquín del Llano no duran mucho. Se los lleva el viento, como se lleva el polvo. Como se lleva todo lo que no debe permanecer.

Pero la viuda Espíritu guardó el sombrero. Lo colgó en un clavo de la pared, como se cuelgan los recuerdos que no se quieren olvidar. Y a veces, cuando el viento soplaba fuerte, el sombrero se movía. Como si su dueño hubiera vuelto a buscarlo. Como si algunos visitantes nunca se fueran del todo.

Porque en San Joaquín del Llano, los desaparecidos no hacen ruido. Pero tampoco se van. Se quedan ahí, en el aire, en el polvo, en el silencio que no es silencio. Esperando que alguien los nombre. Esperando que alguien los recuerde.

Esperando que alguien escriba su historia.

Pero nadie se atreve. Porque aquí las historias que se escriben se vuelven verdad. Y las verdades que se vuelven historia... nunca terminan bien.

Capítulo 4

El ojo del alacrán

La casa grande no era casa, era un silencio hecho de adobe y cal, con corredores que se perdían en la penumbra como brazos cansados. Olía a tabaco viejo y a madera que había conocido demasiadas voces. Los techos altos guardaban ecos de palabras que mejor no se dijeron, y en las vigas colgaban telarañas que parecían redes para atrapar secretos.

Don Lencho caminaba por esos corredores como quien camina por su propia tumba. Cada paso resonaba hueco, como si la tierra debajo del piso se hubiera vuelto aire. Sus botas, que antes pisaban con la seguridad de quien conoce cada piedra de su reino, ahora se arrastraban apenas. Como si el suelo no quisiera sostenerlo.

Había reunido a sus hombres esa tarde. No eran muchos, pero bastaban. Cinco sombras que llegaron sin hacer ruido, que se sentaron sin preguntar, que miraron sin ver. Juan Chacón, el más viejo, traía la cara marcada por el sol y por cosas que no se dicen. Licho, el más joven, tenía los ojos desvelados de quien ya no sueña, solo espera.

La mesa estaba llena de papeles que parecían hojas secas. Mapas doblados tantas veces que las líneas se habían vuelto cicatrices. Fotografías que no debían existir. Rutas marcadas con tinta roja, como heridas en el papel. Don Lencho no hablaba de negocios con extraños. Ni con compadres. Solo con esos cinco. Solo en esa sala donde el aire se respiraba espeso, como si estuviera lleno de palabras no dichas.

—Las cosas se están moviendo —dijo Don Lencho, pero su voz salió como si viniera de muy lejos—. Hay que cambiar las rutas.

Nadie preguntó por qué. Todos sabían que había preguntas que no se hacían. Como sabían que había noches en que el patrón no dormía. Como sabían que últimamente miraba el monte como si esperara que le devolviera algo que había perdido.

Lo que no sabían —ni siquiera él— era que el miedo se le había metido en los huesos. Que desde hacía semanas, algo se le aparecía en los sueños. No tenía forma, pero sí ojos. Y esos ojos lo miraban desde el fondo del pozo, desde el espejo cuando se lavaba la cara, desde los surcos que había arado con sangre.

Habló poco. Dio órdenes como quien las arrastra desde el estómago. Cambiar las frecuencias de los radios. Enterrar las cosas más hondo. Vigilar la brecha del norte. No por precaución, sino por presentimiento. Porque la tierra le había enseñado que cuando los animales se van, algo malo viene.

Cuando terminó, todos salieron por el zaguán sin hacer ruido. Solo quedó él, solo con el mapa extendido, con el dedo señalando un punto sin nombre. Como si supiera que ahí, justo ahí, iba a romperse todo lo que había construido.

Desde el corredor del fondo, su hija menor lo observaba. Clara tenía diecinueve años y la rabia guardada como brasas bajo la ceniza. Era la única que no le temía. No porque fuera valiente, sino porque ya no le quedaba nada que perder. Había crecido entre órdenes y silencios, entre hombres que no reían y mujeres que callaban. Había aprendido a distinguir el sonido de las armas sin verlas. Había escuchado cosas en la cocina, en las noches, en los susurros de las criadas que creían que dormía.

Pero esa tarde no fue en secreto. Lo escuchó con claridad. Estaba en el cuarto contiguo, remendando un vestido viejo que no pensaba ponerse, cuando la voz de su padre cruzó la pared como cuchillo caliente.

—Si alguien abre la boca, se entierra con lo que dijo.

No fue el tono lo que la estremeció. Fue el silencio después. Ese hueco de palabras no dichas que pesa más que un grito. Clara dejó la aguja sobre la mesa, se acercó sin hacer ruido y pegó el oído a la pared. Lo que escuchó no fueron detalles. Fue el clima. Una amenaza que se arrastraba bajo las voces, como el alacrán que cruza la sombra sin ser visto.

Oyó el nombre de un teniente. Una cifra. La palabra Culiacán. Y algo sobre unos paquetes que debían cruzar antes del cambio de luna. Cerró los ojos. No por miedo. Por confirmación. Porque lo que ya sabía por intuición ahora lo sabía por certeza. Y no era un error. Era costumbre.

Su padre no era ganadero. Ni siquiera era hombre, tal vez. Era un terreno baldío donde todo lo que crecía florecía muerto.

Esa noche no bajó a cenar. Se quedó en su cuarto, con las luces apagadas y los ojos abiertos. En la hacienda nadie preguntaba por las ausencias. Todos

sabían que a veces era mejor no saber. Clara pensó en su madre, en la que se fue sin decir adiós. Algunos decían que se cansó. Otros, que la cansaron. Nunca se supo. Pero desde entonces, la niña de trenzas largas se convirtió en mujer sin palabras. No porque le faltaran, sino porque no servían.

A medianoche, escuchó pasos en el corredor. Su padre. Siempre descalzo. Siempre arrastrando una sombra más larga que su cuerpo. Clara no se movió. Sabía que si él tocaba la puerta, no sería para decir buenas noches.

Pero no tocó. Solo pasó de largo. Y en ese paso, ella entendió que algo se había quebrado en él. Que la voz ya no salía con firmeza. Que el alacrán había picado desde dentro.

Don Lencho fue al cuarto del fondo, donde guardaba los papeles que no debían existir. Abrió el baúl sin encender la luz. Sacó un sobre sellado y lo metió en el saco. Afuera, el viento había cambiado. Ya no era caliente, ya no era denso. Ahora venía con polvo del norte, con olor a metal, con ese rumor que tienen los días que no quieren llegar.

Se sentó en la cama donde había dormido con su mujer. Donde había soñado con ser solo un hombre que siembra maíz y cosecha maíz. Donde había despertado tantas veces con las manos manchadas de cosas que no se lavan. Miró sus palmas a la luz de la luna. Estaban limpias, pero él sabía que no era cierto. Sabía que la tierra guarda memoria de todo lo que la toca.

Recordó cuando todo empezó. Los paquetes que llegaban de noche. Las cajas que se enterraban como semillas. Las promesas del norte. El dinero fácil, que entraba como agua de arroyo después de la lluvia. Y con él, la otra vida. La de las camionetas sin placas. La de los hombres sin rostro. La de los pozos donde no se saca agua, sino silencio.

Al principio creyó que podía con todo. Que era dueño no solo del rancho, sino del tiempo. Que podía ordenar a los días que lo obedecieran. Pero el tiempo no se amansa. Y la tierra, menos. La tierra escucha, había dicho su madre. Y lo que escucha, lo guarda. Y lo que guarda, algún día lo devuelve.

Al amanecer, reunió a dos de sus hombres. Les dio instrucciones en voz baja. Que fueran a la sierra, que vigilaran la brecha, que nadie pasara sin su permiso. Licho preguntó si debían llevar armas largas. Don Lencho lo miró como si hubiera preguntado algo personal.

—Aquí todo es arma, mijo. Hasta el silencio.

Clara lo vio desde la ventana. Le pareció más viejo. Más solo. Como si el rancho ya no le perteneciera. Como si caminara sobre tierra prestada. Como si supiera que el préstamo estaba a punto de vencerse.

A media mañana llegó un hombre en motocicleta. Traía noticias del otro lado. Un cargamento perdido. Tres muertos. Un nombre que no debía aparecer en los papeles. Don Lencho lo escuchó sin mover un músculo. Luego se quitó el sombrero y lo puso sobre la mesa.

—Esto se está resquebrajando —dijo. Y lo dijo para sí. Como si no esperara respuesta.

Clara lo oyó desde la escalera. No quiso bajar. Pero esa noche, escribió en un cuaderno que escondía bajo el colchón: "Mi padre no es un hombre. Es un terreno baldío. Todo lo que toca florece muerto."

Don Lencho se quedó en la sala hasta que anocheció. No encendió luces. No pidió cena. Solo se quedó ahí, mirando el mapa, como si esperara que hablara. Como si esperara que el alacrán saliera de su escondite y le dijera lo que ya sabía. Que el veneno no viene de afuera. Viene de adentro. Y que hay cosas que, una vez que se muerden, ya no sueltan.

Pensó en los primeros muertos. En cómo había sido fácil enterrarlos. En cómo había creído que la tierra los iba a tragar para siempre. Pero la tierra no traga. La tierra mastica despacio. Y tarde o temprano, escupe lo que no puede digerir.

Pensó en el cura nuevo. En sus ojos limpios. En su fe intacta. En cómo iba a cambiar cuando se diera cuenta de que las campanas no sonaban por los vientos, sino por los muertos que no encontraban descanso.

Pensó en el periodista. En su sombrero blanco. En su libreta llena de preguntas. En cómo había desaparecido tan rápido como había llegado. Como si nunca hubiera existido. Como si fuera solo un mal sueño.

Pero los sueños no dejan sombreros. Y los sombreros no se quedan solos en las casas de las viudas. Y las viudas no mienten cuando dicen que algunos visitantes nunca se van del todo.

Afuera, el viento arrastraba el polvo de los surcos. Polvo que sabía a maíz y a huesos. Polvo que se metía en los ojos y en la boca, como si quisiera que todos supieran a qué sabía la tierra de San Joaquín del Llano.

Don Lencho cerró los ojos. Trató de recordar cómo era antes. Cuando el rancho era solo rancho. Cuando la tierra era solo tierra. Cuando él era solo un hombre que sembraba y cosechaba. Pero ya no podía. La memoria se le había vuelto pantano. Y en los pantanos, todo lo que se hunde se queda ahí. Esperando.

A las dos de la madrugada, escuchó ruidos en el patio. Pasos que no eran de sus hombres. Voces que no reconocía. Se asomó por la ventana. En la oscuridad, vio sombras que se movían sin hacer ruido. Sombras que parecían conocer el lugar. Que sabían dónde estaban las piedras sueltas. Que sabían por dónde caminar sin despertar a los perros.

Pero no eran ladrones. Los ladrones hacen ruido. Estas sombras no hacían ruido. Se movían como si fueran parte del aire. Como si fueran parte de la noche.

Don Lencho sintió que algo se le helaba en el pecho. No era miedo. Era reconocimiento. Como cuando uno ve su propia cara en el espejo después de muchos años y se da cuenta de que ya no es el mismo.

Las sombras se acercaron a la casa. Se detuvieron frente a la puerta principal. Una de ellas se separó del grupo. Caminó hasta la ventana donde estaba Don Lencho. Levantó la cara.

Era el periodista. El del sombrero blanco. Pero ya no traía sombrero. Y su cara estaba llena de tierra. Como si hubiera estado enterrado.

Don Lencho quiso gritar, pero no le salió la voz. Quiso correr, pero las piernas no le respondían. Solo se quedó ahí, mirando. Mirando cómo el hombre que había mandado matar lo miraba desde afuera. Mirando cómo le sonreía con una sonrisa que no era de vivo.

El periodista levantó la mano. Tenía algo en ella. Era su libreta. La libreta que habían quemado. La libreta que había desaparecido. La abrió. Las páginas estaban en blanco. Pero conforme las pasaba, empezaron a llenarse de palabras. Palabras que se escribían solas. Palabras que Don Lencho podía leer desde la ventana.

"Aquí no se puede." "La tierra grita, pero nadie la escucha." "Hay un lugar donde el polvo cubre los huesos, pero no los silencia."

Don Lencho cerró los ojos. Cuando los abrió, ya no había nadie. Solo el viento. Solo el polvo. Solo el silencio que no era silencio.

Pero en el aire quedó flotando algo. Una promesa. O tal vez una amenaza. La promesa de que los muertos no se quedan quietos para siempre. La amenaza de que la tierra, tarde o temprano, devuelve lo que se le ha dado.

Y en algún rincón de la casa, Clara soñaba con trenes que iban hacia el sur. Con un mar que nunca había visto. Con una voz que no fuera de hombre ni de tierra. Con una vida sin hacienda, sin polvo, sin miedo.

Y afuera, entre las piedras calientes del patio, un alacrán se arrastraba lentamente hacia la puerta principal. Arrastraba algo en la cola. Algo que brillaba a la luz de la luna. Algo que parecía un ojo. Un ojo que miraba. Un ojo que veía. Un ojo que recordaba.

El ojo del alacrán. El ojo que todo lo ve. El ojo que nunca se cierra. El ojo que espera.

Porque en San Joaquín del Llano, hasta los alacranes sabían que hay cosas que se ven y cosas que se miran. Y lo que se mira, no se olvida. Y lo que no se olvida, algún día regresa.

Regresa a picar. Regresa a matar. Regresa a cobrar.

Y Don Lencho Heredia, el hombre más poderoso del pueblo, el dueño de la tierra y de los silencios, ya no podía escapar. Porque el alacrán ya había picado. Y el veneno ya corría por sus venas. Y la ponzoña ya había llegado al corazón.

El corazón que ya no era corazón. Era solo un hueco. Un hueco donde antes había habido un hombre. Un hombre que sembraba maíz y cosechaba maíz. Un hombre que ya no existía. Un hombre que tal vez nunca había existido.

Capítulo 5

Cosechas de sangre

La fiesta de la cosecha llegó con el aire cargado de presagios. No era aire de septiembre, sino aire de luto que se disfrazaba de celebración. Las mujeres habían madrugado para hacer tamales, pero las manos les temblaban como si amasaran tierra de cementerio. Los hombres hablaban en voz baja junto a la cantina de don Aurelio, midiendo las palabras como quien mide veneno.

Clara se había levantado antes del alba. Desde la ventana de su cuarto vio cómo el sol se alzaba perezoso sobre los cerros, como si él también supiera que ese día no sería como los otros. La luz caía dorada sobre los surcos, pero había algo falso en esa dorada. Como si la tierra hubiera aprendido a mentir.

Su padre no había dormido. Lo escuchó caminar por los corredores toda la noche, arrastrando los pies como si cargara cadenas. A ratos se detenía frente a la puerta de ella, y Clara contenía la respiración, esperando que no entrara. Porque en los ojos de don Lencho había algo que no era su padre. Era el miedo hecho hombre, y el miedo no reconoce sangre.

La mañana trajo ruidos extraños. Motores que no eran de tractores. Voces que no eran del pueblo. Clara se asomó por la ventana del corredor y vio lo que la había despertado: un convoy de la Guardia Nacional se acercaba por el camino real. Tres vehículos blindados que levantaban polvo como si fueran a enterrar el mundo.

Don Lencho apareció en el patio principal. Traía puesta la camisa blanca de los domingos y el sombrero nuevo, pero el sudor le manchaba la espalda a pesar de que apenas amanecía. Reunió a sus hombres con un silbido que sonó como lamento. Llegaron Juan Chacón, Licho, y los otros. Se pararon en círculo, pero no era círculo de confianza. Era círculo de miedo.

—Viene la Guardia —dijo don Lencho, y la voz le salió como si hablara desde el fondo de un pozo—. Hay que recibirlos como se debe.

Nadie preguntó qué significaba "como se debe". Todos sabían que cuando don Lencho hablaba así, las preguntas sobraban. Pero Clara vio cómo se miraban entre ellos. Miradas que no eran de hombres, sino de animales que sienten el temblor antes del terremoto.

El convoy se detuvo frente a la entrada principal del rancho. Bajó un capitán joven, con la cara quemada por el sol y los ojos que había visto más de lo que debiera. Traía una carpeta bajo el brazo y esa manera de caminar que tienen los militares cuando saben que pisan terreno peligroso.

—Buenos días —saludó don Lencho, tendiéndole la mano—. Bienvenidos a mi rancho.

El capitán no le estrechó la mano de inmediato. Primero miró alrededor, como si buscara algo que no estaba a la vista. Después miró a don Lencho, y Clara vio que en esa mirada había algo que su padre no esperaba.

Conocimiento. Como si el capitán supiera cosas que don Lencho creía guardadas bajo tierra.

—Capitán Méndez —se presentó finalmente—. Traemos órdenes de inspección.

—¿Inspección de qué? —preguntó don Lencho, y la sonrisa se le endureció en la cara como cal seca.

—De rutina. Por la fiesta de la cosecha.

Pero no era de rutina. Clara lo supo antes que su padre. Lo supo por la manera en que los soldados se habían bajado de los vehículos. No como quien viene de visita, sino como quien viene a quedarse. Como quien viene a escarbar.

Don Lencho los invitó a pasar. Ordenó que sirvieran café y que mataran un becerro para el banquete. Pero mientras daba órdenes, Clara vio cómo se le movían las manos. Como si quisieran agarrar algo que no estaba ahí. Como si quisieran estrangular el aire.

El capitán Méndez se sentó a la mesa del corredor principal. Abrió la carpeta y sacó unos papeles que parecían mapas. Pero no eran mapas de caminos. Eran mapas de otra cosa. De lugares que no debían estar marcados. De puntos que no debían existir.

—Nos han llegado reportes —dijo el capitán, sin levantar los ojos del papel —. Gente que no aparece. Periodistas que vienen y no regresan.

—Los periodistas vienen y se van —respondió don Lencho—. Aquí nadie los retiene.

—Pero algunos no llegan a donde tenían que llegar.

El silencio que siguió fue tan espeso que Clara sintió que se podía tocar. Su padre bebía café, pero Clara vio que no tragaba. Solo se hacía como que tomaba. Como si el café fuera amargo de más. Como si supiera a tierra.

—Capitán —dijo don Lencho, dejando la taza sobre la mesa—. Aquí somos gente de paz. Trabajamos la tierra, criamos ganado. No sabemos de otras cosas.

El capitán Méndez sonrió. Pero no era sonrisa de quien cree, sino de quien sabe que le están mintiendo.

—Claro. Gente de paz. Por eso nos extraña que hayan encontrado esto.

Sacó una fotografía de la carpeta. Clara no podía verla desde donde estaba, pero vio cómo su padre se ponía pálido. Como si hubiera visto un fantasma. Como si el fantasma fuera él mismo.

—¿Sabe usted qué es esto? —preguntó el capitán.

Don Lencho miró la fotografía. Sus ojos se movían como si leyeran algo que no quería leer. Como si viera algo que no quería ver.

—Parece un hoyo —dijo finalmente.

—Es un hoyo. Pero no para sembrar. ¿Verdad?

La fotografía pasó de mano en mano. Clara alcanzó a ver el borde: era una imagen de tierra removida. Tierra que no se había removido para plantar maíz. Tierra que se había removido para plantar otras cosas. Cosas que no crecen hacia arriba.

—En el monte se encuentran muchos hoyos —dijo don Lencho—. Los animales los hacen. Las lluvias también.

—Los animales no usan zapatos, don Lorenzo.

Clara sintió que algo se le helaba en el pecho. Su padre había usado el nombre completo. Lorenzo. Como si el capitán lo conociera desde antes. Como si hubiera estado esperando este momento.

El banquete se sirvió al mediodía. La viuda Espíritu había traído tamales. Doña Carmen hizo mole. Los hombres del pueblo vinieron con sus familias, pero no era celebración. Era velorio. Un velorio donde el muerto todavía respiraba.

Los soldados comieron en silencio. El capitán Méndez hablaba con don Lencho de la cosecha, del clima, de cosas que no importaban. Pero por debajo de las palabras corrían otras palabras. Palabras que se entendían sin decirse. Palabras que olían a amenaza.

Clara sirvió agua fresca. Caminó entre las mesas como si fuera invisible. Pero no era invisible. Era la hija de don Lencho. Y los hijos de los hombres como don Lencho cargan culpas que no son suyas. Cargan el peso de los pozos. Cargan el peso de los zapatos que no debían estar ahí.

A media tarde, el capitán Méndez se levantó de la mesa. Dijo que quería conocer el rancho. Don Lencho no podía negarse. Se fueron caminando hacia los corrales, hacia los campos cultivados, hacia los límites donde la tierra cambiaba de color.

Clara los siguió de lejos. No por curiosidad, sino por presentimiento. Porque sabía que cuando los hombres como su padre caminan con hombres como el capitán, algo se rompe. Algo se destapa. Algo se encuentra.

Llegaron a la cerca del fondo. Ahí donde el rancho se terminaba y empezaba el monte. Ahí donde la tierra se veía removida, como si hubiera estado enferma. El capitán se detuvo. Miró el suelo. Después miró a don Lencho.

—Aquí hay algo —dijo.

No era pregunta. Era afirmación. Como si hubiera venido buscando exactamente ese lugar. Como si alguien le hubiera dicho dónde buscar.

Don Lencho se quitó el sombrero. El sudor le corría por la frente, pero no era sudor de calor. Era sudor de miedo. Sudor de quien sabe que ya no puede mentir.

—Aquí no hay nada —dijo—. Solo tierra.

Pero el capitán ya había hecho una seña. Dos soldados se acercaron con palas. Empezaron a escarbar. La tierra salía fácil, como si hubiera sido removida hace poco. Como si estuviera acostumbrada a que la escarbaran.

No tardaron en encontrar lo que buscaban. O lo que no buscaban. O lo que esperaban no encontrar.

El primer zapato apareció a los diez minutos. Un zapato de charol, negro, como los que usan los hombres de la ciudad. Como los que usaba el periodista del sombrero blanco. El capitán lo levantó con una rama. Lo miró como si fuera una prueba. Como si fuera una confesión.

—¿Reconoce este zapato? —preguntó.

Don Lencho no respondió. No podía responder. Porque el zapato tenía lengua, pero él se había quedado mudo. Porque el zapato hablaba, pero él ya no sabía qué decir.

Siguieron escarbando. Encontraron más zapatos. Zapatos de diferentes tamaños. Zapatos que habían caminado por diferentes caminos. Zapatos que habían llegado a San Joaquín del Llano, pero que nunca se habían ido.

Clara vio todo desde detrás de un mezquite. Vio cómo su padre se hacía más pequeño con cada zapato que aparecía. Como si los zapatos fueran piedras que le cayeran encima. Como si cada zapato fuera un pedazo de su alma que se perdía.

Después encontraron lo que estaba debajo de los zapatos. Cosas que no se debían encontrar. Cosas que no se debían ver. Cosas que no se debían nombrar.

El capitán Méndez se acercó a don Lencho. Ya no tenía cara de quien inspecciona. Tenía cara de quien arresta. Cara de quien sabe que el juego se acabó.

—Lorenzo Heredia —dijo—. Queda usted detenido.

Don Lencho no corrió. No gritó. No se defendió. Solo se quedó ahí, parado, mirando el hoyo que habían escarbado. Como si fuera su propia tumba. Como si hubiera estado esperando este momento desde siempre.

Las esposas sonaron metálicas en la tarde. Sonaron como campanas. Como campanas que tocaban a muerto. Como campanas que tocaban el fin de algo que había empezado mucho tiempo atrás.

Clara vio cómo se llevaban a su padre. Vio cómo caminaba entre los soldados sin voltear atrás. Como si ya no hubiera nada que mirar. Como si ya no hubiera nada que recordar.

Los soldados se quedaron. Siguieron escarbando. Encontraron más hoyos. Más zapatos. Más cosas que no se debían encontrar. La tierra de San Joaquín del Llano había guardado secretos por mucho tiempo. Pero la tierra se cansa de guardar. La tierra se cansa de digerir. La tierra se cansa de callar.

Esa noche, Clara se quedó sola en la casa grande. Sola con los corredores que ya no guardaban ecos. Sola con los techos que ya no cargaban secretos. Sola con el silencio que ahora sí era silencio.

Pero no era silencio de paz. Era silencio de vacío. Como si la casa se hubiera quedado sin alma. Como si el alma se la hubieran llevado en las esposas.

Desde la ventana, vio cómo los soldados trabajaban con linternas. Cómo escarbaban la tierra que su padre había creído que iba a guardar secretos para siempre. Cómo sacaban pedazos de verdad que brillaban feos bajo las luces.

Y entendió que la cosecha había terminado. Que lo que se había sembrado en esa tierra ya se había cosechado. Que lo que se había plantado con sangre había dado frutos de sangre. Que lo que se había regado con lágrimas había crecido como lamento.

Clara cerró los ojos. Pensó en los trenes que iban hacia el sur. En el mar que nunca había visto. En la vida que empezaba cuando esta se terminaba.

Y afuera, en el monte, los pozos abiertos respiraban como bocas. Como bocas que por fin podían hablar. Como bocas que por fin podían gritar. Como bocas que por fin podían decir los nombres de los que habían sido tragados por la tierra.

Porque en San Joaquín del Llano, las cosechas siempre llegan. Tarde o temprano, siempre llegan. Y lo que se siembra en la oscuridad, en la oscuridad se cosecha. Y lo que se siembra con sangre, con sangre se paga.

Y la cuenta, por fin, había llegado.

Capítulo 6

La bestia en la cocina

Jacinta sabía que las paredes oyen. Lo sabía desde niña, cuando su abuela le enseñó a amasar tortillas en silencio porque "las cocinas guardan secretos como los pozos guardan agua". Pero hay secretos que pesan más que el maíz molido, y hay cocinas que se vuelven confesionarios donde nadie pide perdón.

Llevaba treinta años sirviendo en la casa grande. Treinta años viendo cómo se ensanchaba la mesa del patrón, cómo se multiplicaban las bocas que alimentar, cómo llegaban hombres que no hablaban de ganado ni de siembras. Treinta años midiendo el miedo por cucharadas, sazonando el silencio con sal de lágrimas que no se dejaban ver.

La cocina era su reino. Su territorio de ollas negras y comales que cantaban bajo las brasas. Ahí, entre el vapor que subía del guisado y el humo que se escapaba por la chimenea, Jacinta había aprendido a distinguir las voces. A saber cuándo don Lencho hablaba de negocios y cuándo hablaba de otras cosas. Cosas que no tenían nombre pero sí tenían precio.

Era una mujer pequeña, encorvada por los años de agacharse sobre el metate. Las manos se le habían vuelto cuero curtido, curtido por el agua caliente y el chile que molía cada madrugada. Pero los ojos se le habían afilado como cuchillos. Ojos que veían sin mirar, que escuchaban sin oír. Ojos que sabían que los cocineros son como los sacerdotes: reciben confesiones que no pidieron.

Esa mañana, mientras picaba cebolla para el guisado, escuchó que don Lencho recibía visitas. No eran visitas de día domingo. Eran visitas de madrugada, de esas que llegan sin tocar la puerta, de esas que conocen el camino en la oscuridad. Tres hombres que se sentaron en la mesa del corredor, pero que no pidieron café. Que no pidieron agua. Que no pidieron nada, porque no habían venido a pedir.

Jacinta siguió picando cebolla. Las lágrimas le corrían por las mejillas, pero no eran lágrimas de cebolla. Eran lágrimas de quien sabe que está escuchando cosas que no se deben escuchar. Cosas que se dicen en voz baja, como si la misma voz supiera que está pecando.

—El periodista ese ya no va a molestar —oyó que decía una voz que no conocía—. Se fue por donde vino.

—¿Y el problema del norte? —preguntó don Lencho, pero la voz le salió ronca, como si le doliera la garganta.

—Ya no hay problema. La mercancía va a pasar como siempre. El teniente está arreglado.

Jacinta dejó el cuchillo sobre la tabla. Se acercó a la ventana que daba al corredor, la que tenía los vidrios empañados por el vapor de tantos años. Por ahí podía ver sin ser vista. Podía escuchar sin ser escuchada. Podía saber sin ser sabida.

Los tres hombres tenían caras que no eran de por aquí. Caras que habían visto cosas que no se ven en San Joaquín del Llano. Caras que habían hecho cosas que no se hacen en ningún lado. Uno de ellos tenía una cicatriz que le cruzaba la mejilla, como si alguien le hubiera tratado de escribir algo en la cara con navaja.

—¿Y los otros? —preguntó don Lencho.

—Los otros se van a quedar quietos. O se van a quedar quietos para siempre.

El silencio que siguió fue tan espeso que Jacinta sintió que se podía cortar como queso. Un silencio que sabía a tierra recién removida. A cal viva. A cosas que no se nombran pero que están ahí, como las cucarachas que salen de noche.

Don Lencho se levantó de la mesa. Caminó hasta la ventana donde estaba Jacinta. Ella se agachó, se hizo chica, se volvió invisible como había aprendido a volverse después de tantos años. Pero sintió la mirada del patrón. Sintió cómo la buscaba con los ojos. Cómo trataba de adivinar si había escuchado. Si había visto. Si había entendido.

—Jacinta —la llamó—. Tráenos café.

La voz sonó normal. Como si hubiera estado hablando del tiempo. Como si hubiera estado hablando de la cosecha. Como si hubiera estado hablando de cualquier cosa que se puede hablar en voz alta.

Jacinta preparó el café. Le temblaban las manos, pero no por la edad. Le temblaban por el miedo. Por el miedo de saber. Por el miedo de haber escuchado. Por el miedo de tener que seguir escuchando.

Sirvió el café en silencio. Los tres hombres la miraron como si fuera un mueble. Como si fuera parte de la casa. Como si fuera parte del paisaje. No sabían que los muebles tienen oídos. No sabían que las casas tienen memoria. No sabían que el paisaje también habla.

Cuando terminaron de tomar café, los tres hombres se fueron. No dijeron adiós. No dijeron hasta luego. Solo se fueron, como si nunca hubieran estado ahí. Como si hubieran sido sombras que se llevó el viento.

Don Lencho se quedó en la mesa. Se quedó mirando la taza vacía, como si en el fondo del café pudiera ver el futuro. Como si en los pozos pudiera leer su destino. Como si en el azúcar pudiera endulzar lo que ya estaba amargo.

Jacinta recogió las tazas. Lavó los platos. Barrió las migajas. Pero no pudo limpiar lo que había escuchado. No pudo lavar las palabras que se le habían metido en la cabeza. No pudo barrer el miedo que se le había instalado en el pecho.

Esa noche, después de servir la cena, después de lavar los trastes, después de apagar las brasas, Jacinta se fue a su cuarto. Era un cuarto pequeño, al fondo de la casa, cerca de la cocina. Un cuarto que olía a comal y a chile seco. Un cuarto que había sido su mundo por treinta años.

Pero esa noche, su mundo se había vuelto prisión. Porque sabía cosas que no se deben saber. Porque había escuchado cosas que no se deben escuchar. Porque tenía secretos que no se deben tener.

Sacó un cuaderno de la cómoda. Un cuaderno viejo, con las tapas gastadas, que había comprado en el pueblo para anotar recetas. Recetas de mole, de cochinita, de dulces para las fiestas. Pero esa noche no iba a escribir recetas. Iba a escribir otras cosas. Cosas que no se cocinan, pero que se cuecen. Cosas que no se sazonan, pero que se pudren.

Abrió el cuaderno. Tomó un lápiz. Empezó a escribir:

"Hoy vinieron tres hombres. Hablaron del periodista. Dijeron que ya no va a molestar. Dijeron que se fue por donde vino. Pero yo sé que los que se van por donde vinieron no dejan el sombrero. Y el sombrero del periodista está en casa de la viuda Espíritu. Colgado en la percha, como si esperara que regresara su dueño."

Escribió despacio. Con cuidado. Como si cada palabra fuera un frijol que había que poner en su lugar. Como si cada frase fuera una tortilla que había que voltear en el momento preciso. Como si cada párrafo fuera un guisado que había que dejar cocer a fuego lento.

"Don Lencho está enfermo. No enfermo del cuerpo. Enfermo del alma. Se le ve en la cara. Se le ve en la manera de caminar. Se le ve en la manera de no mirar a los ojos. Está enfermo de secretos. Está enfermo de miedo. Está enfermo de cosas que no se dicen, pero que se saben."

Siguió escribiendo. Escribió sobre las noches en que don Lencho no dormía. Sobre los pasos que arrastraba por los corredores. Sobre las voces que salían de su cuarto, como si hablara con alguien que no estaba ahí. Como si hablara con alguien que ya no estaba en ningún lado.

"La niña Clara sabe. No sabe todo, pero sabe. Se le ve en los ojos. Se le ve en la manera de no preguntar. Se le ve en la manera de no estar donde no debe estar. Pero los ojos de la niña Clara están llenos de rabia. Rabia que no es de niña. Rabia que es de mujer. Rabia que es de hija que ya no tiene padre, aunque el padre siga ahí."

Jacinta se detuvo. Escuchó ruidos en la casa. Pasos en el corredor. Voces que hablaban bajo. Cerró el cuaderno. Lo escondió debajo del colchón. Apagó la vela. Se acostó con la ropa puesta, como si fuera a salir corriendo. Como si fuera a tener que escapar.

Pero no se durmió. Se quedó despierta, escuchando. Escuchando los ruidos de la casa. Los ruidos de la noche. Los ruidos del miedo que se arrastraba por el suelo como víbora.

A medianoche, oyó que don Lencho salía de su cuarto. Oyó que caminaba hacia la cocina. Jacinta se levantó. Se acercó a la puerta. Pegó el oído a la madera.

Don Lencho estaba en la cocina. Estaba abriendo cajones. Estaba buscando algo. Jacinta oyó que movía trastes. Que movía ollas. Que movía cosas que no debía mover.

¿Qué buscaba? ¿Qué había perdido? ¿Qué necesitaba encontrar en la cocina, a medianoche, cuando toda la casa dormía?

Jacinta esperó. Esperó hasta que don Lencho se fue. Hasta que los pasos se perdieron en el corredor. Hasta que el silencio volvió a ser silencio.

Entonces salió de su cuarto. Se acercó a la cocina. Encendió una vela. Miró alrededor. Todo estaba en su lugar. Todo estaba como lo había dejado. Pero había algo. Algo que no estaba antes. Algo que no debía estar ahí.

En la mesa, junto al metate, había un sobre. Un sobre cerrado, con lacre rojo. Un sobre que no tenía nombre. Que no tenía dirección. Que no tenía nada escrito por fuera.

Jacinta lo miró. No lo tocó. No lo abrió. Pero lo miró. Lo miró como si fuera una culebra. Como si fuera algo que podía morder. Como si fuera algo que podía matar.

Al día siguiente, el sobre ya no estaba. Había desaparecido como había aparecido. Como si nunca hubiera existido. Como si hubiera sido un sueño. Como si hubiera sido una pesadilla.

Pero Jacinta sabía que no había sido sueño. Sabía que no había sido pesadilla. Sabía que había sido real. Tan real como el miedo que le crecía en el pecho. Tan real como los secretos que le pesaban en la cabeza. Tan real como la verdad que se cocinaba a fuego lento en esa casa.

Esa noche, volvió a escribir en el cuaderno:

"Don Lencho está preparando algo. Algo que no es comida. Algo que no se cocina en la cocina. Algo que se cocina en la oscuridad. En el silencio. En el miedo. Y yo tengo miedo. Miedo de saber. Miedo de no saber. Miedo de seguir aquí. Miedo de irme. Miedo de vivir. Miedo de morir."

Escribió hasta que se le cansó la mano. Hasta que se le terminaron las palabras. Hasta que se le terminó el miedo de esa noche. Porque el miedo era como el agua: cada día había que sacar un poco del pozo para que no se desbordara.

Cerró el cuaderno. Lo escondió. Se acostó. Pero no se durmió. Se quedó despierta, pensando. Pensando en lo que había escuchado. En lo que había visto. En lo que sabía.

Y supo que la bestia no estaba en la cocina. La bestia estaba en la casa. La bestia estaba en el rancho. La bestia estaba en el miedo que crecía como mala hierba en el corazón de todos los que vivían ahí.

La bestia que se alimentaba de secretos. La bestia que se alimentaba de silencio. La bestia que se alimentaba de cosas que no se dicen, pero que se saben.

Y Jacinta, la cocinera, la que sabía sazonar el miedo con sal de lágrimas, también sabía que algún día la bestia se iba a despertar. Se iba a despertar con hambre. Con hambre de verdad. Con hambre de justicia. Con hambre de sangre.

Y cuando despertara, ya no iba a tener hambre de secretos. Iba a tener hambre de carne. Carne de los que habían alimentado los secretos. Carne de los que habían engordado el silencio. Carne de los que habían criado la bestia con sus propias manos.

Porque en San Joaquín del Llano, hasta las cocineras sabían que lo que se cocina en la oscuridad, en la oscuridad se come. Y lo que se sazona con miedo, con miedo se traga. Y lo que se sirve con lágrimas, con lágrimas se paga.

Y la cuenta ya estaba en la mesa. Solo faltaba que alguien la cobrara.

Capítulo 7

A flor de polvo

El periodista había llegado con el aire de quien busca verdades en tierra de mentiras. No era hombre de campo, se le notaba en los zapatos de charol que se empeñaba en limpiar cada mañana, en la camisa blanca que se manchaba de polvo apenas salía a la calle, en esa manera de mirar que

tenían los de la ciudad: como si todo fuera noticia, como si cada palabra fuera titular.

Se llamaba Ramón Vega, aunque en San Joaquín del Llano nadie preguntaba nombres completos. Los nombres completos eran para los papeles, para los muertos, para los que se iban y no regresaban. Acá bastaba con decir "el periodista" y todos sabían de quién se hablaba. El del sombrero blanco. El que hacía preguntas. El que no entendía que hay preguntas que no se hacen.

Llevaba una semana en el pueblo. Una semana hospedado en casa de la viuda Espíritu, pagando la pieza por adelantado, comiendo en la fonda de doña Carmen, caminando por las calles como si fuera turista. Pero no era turista. Los turistas no cargan cuadernos. Los turistas no anotan todo. Los turistas no preguntan por gente que no aparece.

Don Lencho lo había visto llegar. Lo había visto instalarse. Lo había visto caminar por el pueblo con esa manera de caminar que tienen los que no saben que están en territorio ajeno. Y había decidido que ya era hora de hablar. Porque cuando llega un periodista a San Joaquín del Llano, no llega por casualidad. Llega porque alguien lo mandó. Llega porque alguien le dijo que viniera. Llega porque alguien quiere que encuentre algo.

La cita fue en el rancho. Al atardecer, cuando el sol se pone como mandarina sobre los cerros y las sombras se hacen largas como confesiones. Don Lencho lo esperaba en el corredor principal, sentado en la mecedora de mimbre que había pertenecido a su padre. Tenía puesta la camisa blanca de los domingos y el sombrero nuevo, pero no era domingo. Era día de rendir cuentas.

Ramón Vega llegó a la hora señalada. Traía el cuaderno en la mano izquierda y una grabadora pequeña en la bolsa de la camisa. Don Lencho vio la grabadora. Sonrió. Sonrió como sonríen los que saben que las grabadoras no graban verdades. Graban palabras. Y las palabras se pueden acomodar como se acomodan las piedras: para hacer paredes o para hacer tumbas.

—Buenas tardes, don Lorenzo —saludó el periodista—. Gracias por recibirme.

—Buenas tardes, señor Vega. Siéntese. ¿Gusta un café?

—No, gracias. Prefiero que hablemos.

Don Lencho se meció en la mecedora. El crujido del mimbre sonaba como huesos que se acomodan. Como tierra que se asienta. Como secretos que se acomodan en el fondo de las cosas.

—¿Y de qué quiere que hablemos?

—De la gente que no aparece. De los que llegan a San Joaquín del Llano y no salen de San Joaquín del Llano.

—Aquí la gente va y viene. Como en todos lados. Unos llegan, otros se van. Es la vida.

El periodista abrió el cuaderno. Pasó las páginas como si buscara algo específico. Como si tuviera una lista. Como si tuviera nombres. Y cuando encontró lo que buscaba, levantó la vista.

—Tres periodistas han venido a este pueblo en los últimos dos años. Ninguno regresó a su redacción. Ninguno publicó su reportaje. Ninguno volvió a casa.

—Los periodistas son gente rara —dijo don Lencho—. Van de un lado para otro. A veces se pierden. A veces se van a otra parte. A veces se olvidan de avisar.

—¿Usted conoció a Miguel Santacruz?

Don Lencho se detuvo. La mecedora dejó de crujir. El aire se puso espeso como antes de la tormenta. Miguel Santacruz había sido el primero. El que había llegado preguntando por rutas. Por caminos. Por cosas que no se preguntan.

—No recuerdo ese nombre.

—Era un hombre alto, con bigote. Traía una cámara fotográfica. Hacía preguntas sobre el trasiego de drogas por la sierra.

—Señor Vega —dijo don Lencho, y la voz le cambió. Se le puso seria, como voz de patrón—. Aquí no sabemos de drogas. Aquí sabemos de maíz, de frijol, de ganado. Somos gente de trabajo.

—¿Y qué me dice de los caminos? ¿De los caminos que no están en los mapas?

—Todos los caminos están en los mapas. Los que no están son veredas. Veredas de animales. Veredas que no llevan a ningún lado.

El periodista escribió algo en el cuaderno. Escribió despacio, como si cada palabra fuera importante. Como si cada palabra fuera prueba. Como si cada palabra fuera sentencia.

—Don Lorenzo, a mí me mandaron a investigar una red de tráfico de drogas que pasa por esta región. Me dijeron que usted podría tener información.

—¿Quién le dijo eso?

—Eso no lo puedo decir. Pero tengo información de que por aquí pasan cargamentos hacia el norte. Que hay pistas clandestinas. Que hay gente que se encarga de que todo funcione.

Don Lencho se levantó de la mecedora. Caminó hasta la baranda del corredor. Miró hacia los cerros, hacia el horizonte donde el sol se ponía como sangre derramada. Cuando habló, la voz le salió desde muy adentro. Desde donde se guardan las cosas que no se dicen.

—Señor Vega, usted me parece buena persona. Persona educada. Persona que sabe escribir. Pero también me parece persona que no sabe dónde está parada.

—Estoy en San Joaquín del Llano, estado de Michoacán. Estoy haciendo mi trabajo.

—Está usted en mi territorio. En mi casa. En mi tierra. Y en mi tierra, las cosas se hacen como yo digo que se hagan.

El periodista cerró el cuaderno. Guardó el bolígrafo. Se acomodó en la silla como si fuera a levantarse. Pero no se levantó. Se quedó ahí, mirando a don Lencho, midiendo el silencio que se había puesto entre los dos.

—No lo estoy amenazando, señor Vega. Le estoy explicando. Aquí las cosas tienen su orden. Su manera de ser. Su manera de funcionar. Y cuando llega alguien de afuera queriendo cambiar ese orden, pues las cosas se ponen difíciles.

—¿Difíciles para quién?

—Para todos. Para usted. Para mí. Para la gente del pueblo. Para la gente que no tiene por qué meterse en problemas que no son suyos.

El periodista se levantó. Guardó el cuaderno en la bolsa de la camisa. Miró a don Lencho como si estuviera memorizando su cara. Como si estuviera grabando esa conversación en algún lugar donde las grabadoras no llegaran.

—Gracias por su tiempo, don Lorenzo. Creo que ya tengo lo que necesitaba.

—¿Y qué era lo que necesitaba?

—Saber qué tipo de hombre es usted.

Don Lencho sonrió. Pero no era sonrisa de alegría. Era sonrisa de quien sabe que el juego apenas empieza. Sonrisa de quien tiene cartas que el otro no conoce. Sonrisa de quien puede cambiar las reglas cuando se le antoje.

—Señor Vega, le voy a dar un consejo. Un consejo de amigo. Usted ya vio San Joaquín del Llano. Ya conoció a la gente. Ya hizo sus preguntas. Ya tiene su información. Ahora lo que tiene que hacer es irse. Irse por donde vino. Irse sin voltear atrás.

—¿Es una amenaza?

—Es un consejo. De amigo.

El periodista caminó hacia la puerta. Caminó despacio, como si no tuviera prisa. Como si no tuviera miedo. Como si supiera que iba a salir de ahí como había entrado. Pero don Lencho sabía que no era así. Sabía que nadie sale de San Joaquín del Llano como entra. Sabía que la tierra cambia a la gente. Sabía que su tierra se quedaba con pedazos de todos los que pisaban.

Cuando el periodista se fue, don Lencho se quedó en el corredor. Se quedó meciendo, viendo cómo se hacía de noche. Viendo cómo las estrellas se encendían una por una, como si fueran velas en un velorio. Como si fueran ojos que vigilaban desde arriba. Como si fueran almas que no podían descansar.

Entonces hizo la llamada. Una llamada que no se hizo desde el teléfono de la casa. Una llamada que se hizo desde el teléfono de la cantina de don Aurelio. Una llamada que duró tres minutos. Una llamada que cambió todo.

—El periodista se va mañana temprano —dijo—. Que no llegue a la capital. Que no salga del estado. Que no salga de nada.

Al día siguiente, Ramón Vega madrugó. Pagó la cuenta en casa de la viuda Espíritu. Desayunó en la fonda de doña Carmen. Subió a su carro, un Tsuru blanco con placas del Distrito Federal. Arrancó cuando el pueblo apenas despertaba. Cuando las calles todavía tenían rocío. Cuando la neblina se alzaba de los campos como almas en pena.

Nadie lo vio salir. Nadie lo despidió. Nadie preguntó por él cuando no regresó. Porque en San Joaquín del Llano, la gente que se va no deja huella. Deja recuerdo. Deja sombra. Deja espacio que otros ocupan.

El carro lo encontraron tres días después. En la sierra de Coalcomán, en un barranco que no tenía nombre. Calcinado. Hecho cenizas. Convertido en chatarra que parecía esqueleto de animal muerto.

Los bomberos dijeron que había sido accidente. Que el carro se había volcado y había explotado. Que el conductor no había podido salir. Que había muerto por inhalación de humo. Que había sido rápido. Que no había sufrido.

Pero entre las cenizas, entre los restos del carro, entre las cosas que el fuego no había podido quemar, encontraron un cuaderno. Un cuaderno negro, con las tapas chamuscadas, con las páginas amarillas por el humo. Un cuaderno que tenía escritas cosas que no se debían escribir. Cosas que no se debían saber. Cosas que no se debían encontrar.

El cuaderno llegó a manos del capitán Méndez. El capitán lo leyó. Lo leyó página por página. Lo leyó como si fuera mapa. Como si fuera brújula. Como si fuera la llave que había estado buscando.

Y cuando terminó de leer, supo que tenía que ir a San Joaquín del Llano. Que tenía que conocer a don Lorenzo Heredia. Que tenía que escarbar en la tierra que había tragado periodistas. Que tenía que encontrar los zapatos que no habían caminado de regreso.

Porque en el cuaderno estaban los nombres. Los nombres de la gente que no aparecía. Los nombres de los que llegaban y no salían. Los nombres de los que se habían vuelto polvo en tierra que no era suya.

Y entre esos nombres, escrito con letra temblorosa, como si la mano hubiera sabido que iba a ser la última vez que escribiera, estaba el nombre de Miguel Santacruz. El periodista del bigote. El periodista de la cámara fotográfica. El periodista que había preguntado por drogas y había encontrado muerte.

El cuaderno terminaba con una frase que parecía epitafio: "En San Joaquín del Llano, la verdad se entierra a flor de polvo. Y el polvo se levanta cuando

sopla el viento. Y el viento siempre sopla. Tarde o temprano, siempre sopla."

El capitán Méndez cerró el cuaderno. Miró hacia la sierra donde habían encontrado el carro. Miró hacia el horizonte donde estaba San Joaquín del Llano. Miró hacia el futuro donde tendría que escarbar.

Y supo que Ramón Vega no había muerto por accidente. Había muerto por saber. Había muerto por preguntar. Había muerto por ser periodista en tierra donde los periodistas no regresan a casa.

Pero su muerte no había sido en vano. Porque había dejado pistas. Había dejado nombres. Había dejado un cuaderno que era como dinamita: parecía pequeño, pero podía volar montañas.

Y las montañas de San Joaquín del Llano estaban a punto de volar. Estaban a punto de derrumbarse. Estaban a punto de mostrar lo que tenían enterrado en las entrañas.

Porque la verdad es como el agua: siempre encuentra la manera de salir. Siempre encuentra la grieta. Siempre encuentra el camino hacia la superficie.

Y en San Joaquín del Llano, la superficie ya se estaba cuarteando. Ya se estaba resquebrajando. Ya se estaba preparando para que brotara lo que había estado pudriéndose abajo.

El periodista había muerto. Pero su cuaderno vivía. Y las palabras que había escrito eran como semillas: se plantaban en la tierra y crecían como venganza. Como justicia. Como verdad que florecía a flor de polvo.

Y el polvo, como había escrito Ramón Vega, se levanta cuando sopla el viento. Y el viento de la justicia ya había empezado a soplar sobre San Joaquín del Llano. Ya había empezado a levantar el polvo que cubría los secretos. Ya había empezado a descubrir lo que don Lencho había creído enterrado para siempre.

Porque en esta tierra, todo lo que se siembra se cosecha. Todo lo que se entierra se desentierra. Todo lo que se calla se grita. Tarde o temprano, siempre se grita.

Y el grito ya había empezado. El grito de Ramón Vega. El grito de Miguel Santacruz. El grito de todos los que se habían vuelto polvo en tierra ajena.

Un grito que sonaba como viento. Como viento que levanta polvo. Como viento que descubre verdades. Como viento que anuncia tormenta.

Y la tormenta ya venía. Ya estaba en camino. Ya se veía en el horizonte como nube negra que se acerca.

La tormenta que se llama justicia. La tormenta que se llama verdad. La tormenta que se llama cuenta por cobrar.

Y don Lencho, desde el corredor de su casa, vio venir la tormenta. Vio las nubes que se acumulaban. Vio el viento que empezaba a soplar. Vio el polvo que empezaba a levantarse.

Y supo que el tiempo de sembrar había terminado. Que había llegado el tiempo de cosechar. Que había llegado el tiempo de pagar.

El tiempo de que la tierra devolviera lo que había tragado. El tiempo de que el polvo hablara. El tiempo de que las cenizas se volvieran testigos.

Porque en San Joaquín del Llano, hasta las cenizas tienen memoria. Hasta el polvo tiene voz. Hasta la tierra tiene conciencia.

Y la conciencia, como el viento, no se puede callar. No se puede enterrar. No se puede quemar.

La conciencia siempre encuentra la manera de salir. Siempre encuentra la manera de hablar. Siempre encuentra la manera de gritar.

Y el grito ya había empezado. El grito que se alzaba como polvo. El grito que se extendía como viento. El grito que anunciaba tormenta.

La tormenta que se llama final. La tormenta que se llama fin. La tormenta que se llama justicia que por fin llega.

Capítulo 8

Las cosas que pesan sin verse

Don Lencho despertó con el canto de un gallo que no existía. Lo había escuchado claro, como si estuviera ahí mismo, en el corredor de su casa. Pero cuando salió a buscar, no encontró más que aire. Aire que olía a muerte, a cal viva, a tierra recién removida.

Era la tercera madrugada que pasaba esto. Tres noches de oír gallos fantasma. Tres noches de levantarse a buscar lo que no estaba. Tres noches de volver a la cama con la certeza de que algo andaba mal, muy mal, en el orden de las cosas.

Se quedó parado en el corredor, descalzo, con el pantalón del pijama puesto y la camisa abierta. El aire de septiembre le pegaba en el pecho como agua fría. Alrededor, todo estaba en silencio. Hasta los grillos se habían callado, como si supieran que no era hora de cantar.

Pero él seguía oyendo el gallo. Seguía oyendo ese canto que venía de ningún lado y que sonaba como advertencia. Como llamada. Como voz que decía: "Ya es hora. Ya es hora de que despiertes."

—¿Despertar de qué? —preguntó al aire, pero el aire no le contestó.

Se quedó ahí hasta que el verdadero amanecer empezó a filtrarse por entre los cerros. Hasta que el cielo se puso del color de la ceniza. Hasta que los ruidos reales empezaron a llenar el silencio: los primeros pájaros, el viento entre los mezquites, el rumor lejano de las vacas que se movían en el potrero.

Pero el gallo fantasma había dejado de cantar. Y don Lencho no sabía si eso era bueno o malo. Si era el fin de algo o el principio de algo peor.

Jacinta lo encontró en el corredor, sentado en la mecedora, con la mirada perdida en el horizonte. Llevaba puesta la misma ropa de la noche anterior, pero parecía que se había envejecido diez años en esas pocas horas. Parecía que algo se le había quebrado por dentro.

—¿No durmió, patrón? —le preguntó, pero no esperó respuesta. Nunca esperaba respuesta a las preguntas que no quería que le contestaran.

—Jacinta —dijo don Lencho, y la voz le salió ronca, como si no hubiera hablado en años—. ¿Tú has oído gallos cantando en la madrugada?

Jacinta se detuvo. El trapo que traía para limpiar la mesa se le quedó inmóvil en las manos. Miró a don Lencho como si estuviera viendo un aparecido.

—¿Gallos, patrón?

—Sí, gallos. Que cantan cuando no es hora de cantar. Que cantan cuando no hay gallos.

—No, patrón. No he oído gallos. Aquí no hay gallos desde que se murió el colorado de doña Esperanza.

Don Lencho se quedó callado. Doña Esperanza había muerto hacía cinco años. Y con ella había muerto el gallo colorado que despertaba al pueblo todas las madrugadas. Desde entonces, en San Joaquín del Llano no había gallos. Solo gallinas ponedoras que cacareaban de día y se callaban de noche.

—¿Y no has oído otras cosas? —preguntó—. ¿Voces? ¿Ruidos que no debían estar?

Jacinta lo miró fijo. Lo miró como se mira a los enfermos. Como se mira a los que están perdiendo la razón.

—¿Qué tipo de voces, patrón?

—Voces que llaman. Voces que dicen nombres. Voces que hablan en idiomas que no entiendo.

—No, patrón. No he oído voces.

Pero Jacinta mentía. Sí había oído voces. Las oía desde hacía semanas. Voces que salían del cuarto de don Lencho. Voces que hablaban solas, como si él estuviera conversando con alguien. Como si tuviera visitas que no se veían.

Voces que a veces gritaban. Voces que a veces lloraban. Voces que a veces suplicaban perdón en un idioma que no era de aquí. Que no era de ningún lado conocido.

—Jacinta, tráeme el desayuno. Pero no quiero huevos. No quiero nada que venga de animal muerto.

—¿Qué quiere entonces, patrón?

—No sé. Algo que esté vivo. Algo que no haya sufrido.

Jacinta se fue a la cocina. Pero no sabía qué cocinar. Porque todo lo que se cocina viene de algo que estuvo vivo. Todo lo que se come viene de algo que murió. Y don Lencho pedía comida sin muerte, como si fuera posible alimentarse sin matar.

Le preparó café con leche. Le cortó fruta. Le puso tortillas recién hechas. Pero cuando le llevó el desayuno, don Lencho estaba dormido en la mecedora. Dormido con los ojos abiertos, como duermen los muertos. Como duermen los que ya no pueden cerrar los párpados.

Jacinta lo dejó dormir. Puso la charola en la mesa y se alejó en silencio. Pero cuando volteó a verlo, don Lencho ya no estaba solo. Había un hombre sentado en la silla de al lado. Un hombre que no había estado ahí antes. Un hombre que no había llegado caminando.

Jacinta se frotó los ojos. Parpadeó. Miró otra vez. Pero el hombre seguía ahí. Era un hombre joven, con bigote, con una camisa blanca manchada de tierra. Un hombre que parecía familiar pero que no podía ser posible.

Porque ese hombre estaba muerto. Ese hombre se había vuelto ceniza en la sierra de Coalcomán. Ese hombre era Ramón Vega, el periodista. El periodista que había hecho preguntas. El periodista que había encontrado respuestas. El periodista que había muerto por encontrarlas.

Jacinta se persignó. Cerró los ojos. Rezó un padrenuestro. Cuando los abrió, el hombre ya no estaba. Solo estaba don Lencho, dormido en la mecedora, con la boca abierta y los ojos vidriosos.

Pero en el aire quedó el olor. El olor a humo. El olor a carne quemada. El olor a muerte que no se va.

Por la tarde, don Lencho mandó llamar a Evaristo, el curandero. Evaristo era un hombre viejo, más viejo que los cerros, con las manos rugosas y los ojos que parecían haber visto todo lo que se puede ver en este mundo y en el otro.

Vivía en las afueras del pueblo, en una casa de adobe que parecía cueva. Una casa llena de yerbas colgadas, de veladoras prendidas, de santos que miraban desde todos los rincones. Una casa que olía a copal y a secretos.

Evaristo llegó al rancho cuando el sol ya se ponía. Llegó caminando, sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Traía un morral de cuero y un bastón de ocote. Traía la sabiduría de los años y la paciencia de los que saben esperar.

—¿Qué lo aqueja, don Lorenzo? —preguntó, sin saludar, sin preámbulos.

—Oigo cosas, Evaristo. Veo cosas. Cosas que no debían estar ahí.

—¿Qué tipo de cosas?

—Gallos que cantan cuando no hay gallos. Voces que hablan cuando no hay nadie. Hombres que se sientan en mi mesa y que deberían estar muertos.

Evaristo se sentó en la silla que había dejado vacía el periodista fantasma. Miró alrededor. Miró hacia los cerros. Miró hacia el cielo que se ponía color de sangre.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace tres semanas. Desde que... desde que pasaron cosas.

—¿Qué cosas?

Don Lencho se quedó callado. ¿Cómo explicar lo que había pasado? ¿Cómo decir que había mandado matar a un hombre? ¿Cómo confesar que había alimentado a la tierra con sangre inocente?

—Cosas que no se pueden decir.

Evaristo asintió. Conocía el peso de las cosas que no se pueden decir. Conocía el peso de los secretos que se vuelven enfermedades. Conocía el peso de la culpa que se vuelve locura.

—Enséñeme las manos —dijo.

Don Lencho extendió las manos. Evaristo las tomó. Las miró como si fueran mapas. Como si en las líneas estuviera escrito el futuro. Como si en las palmas se pudiera leer el pasado.

—Estas manos han hecho cosas —dijo—. Cosas que no se borran. Cosas que dejan huella.

—¿Qué tipo de huella?

—La huella del que mata. La huella del que manda matar. La huella del que tiene sangre en las manos aunque no se vea la sangre.

Don Lencho retiró las manos. Las escondió en los bolsillos como si fueran armas. Como si fueran pruebas de crímenes.

—¿Me pueden limpiar?

—No es mugre lo que tiene, don Lorenzo. Es peso. Peso que no se quita con agua ni con jabón. Peso que no se quita con limpias ni con yerbas.

—¿Entonces qué hago?

Evaristo sacó del morral una vela negra. La puso en la mesa. La encendió con un cerillo que tardó en prender, como si el fuego no quisiera nacer.

—Míreme bien, don Lorenzo. Míreme a los ojos.

Don Lencho lo miró. Miró los ojos de Evaristo que parecían pozos. Pozos hondos donde se podía caer y no tocar fondo. Pozos donde se podían ver cosas que no se querían ver.

—No es brujería lo que tiene —dijo Evaristo—. No es mal de ojo. No es trabajo que le hayan hecho. Es usted mismo. Es su propia conciencia que está despertando. Es su propia alma que ya no puede con el peso.

—¿Y qué significa eso?

—Significa que los muertos no se quedan quietos. Significa que los que se fueron sin despedirse vuelven a cobrar las cuentas. Significa que usted ya no puede dormir tranquilo porque ellos ya no pueden descansar en paz.

La vela negra se consumía despacio. La cera se derretía como lágrimas. Como sangre que goteaba sobre la mesa.

—¿Cuántos son? —preguntó Evaristo.

—¿Cuántos qué?

—Cuántos muertos tiene usted cargando. Cuántos espíritus tiene usted arrastrando. Cuántas almas tiene usted en la conciencia.

Don Lencho no contestó. Pero no hizo falta. Evaristo vio la respuesta en sus ojos. Vio la procesión de fantasmas que cargaba. Vio la fila de muertos que lo seguían.

—Son muchos —dijo—. Demasiados. Más de los que un hombre puede cargar. Más de los que un alma puede aguantar.

—¿Y qué hago?

—Nada. No hay nada que hacer. Cuando se llega a este punto, no hay marcha atrás. No hay perdón. No hay salvación. Solo hay que esperar.

—¿Esperar qué?

—Esperar a que ellos decidan qué hacer con usted. Esperar a que cobren lo que les debe. Esperar a que la cuenta se salde.

Evaristo se levantó. Recogió la vela que ya se había consumido. Guardó los restos en el morral como si fueran tesoro.

—¿Cuánto le debo? —preguntó don Lencho.

—Nada. A los que ya están perdidos no se les cobra. A los que ya están muertos no se les cobra. A los que ya están condenados no se les cobra.

—¿Estoy condenado?

—Usted ya sabe la respuesta. La ha sabido desde el principio. Desde que empezó a oír gallos que no existen. Desde que empezó a ver muertos que no se van. Desde que empezó a cargar peso que no se quita.

Evaristo se fue caminando, igual que había llegado. Se fue con su bastón de ocote y su morral de cuero. Se fue con su sabiduría y su paciencia. Se fue dejando atrás el olor a copal y la certeza de que no hay salvación para los que han ido demasiado lejos.

Don Lencho se quedó solo en el corredor. Solo con sus fantasmas. Solo con sus gallos imaginarios. Solo con el peso de las cosas que había hecho y que no se podían deshacer.

Esa noche, no se acostó. Se quedó en la mecedora, esperando. Esperando a que los muertos vinieran a cobrar. Esperando a que los gallos cantaran otra vez. Esperando a que la cuenta se saldara.

Y cuando llegó la madrugada, volvió a oír el gallo. Pero esta vez no se levantó a buscarlo. Esta vez se quedó quieto, escuchando. Escuchando el

canto que venía de la tierra. El canto que venía de los muertos. El canto que venía de su propia conciencia.

Porque había entendido, por fin, que los gallos no cantaban para despertarlo. Cantaban para despedirlo. Cantaban para anunciar que su tiempo se acababa. Cantaban para decir que la noche había terminado y que llegaba la hora de rendir cuentas.

Y don Lencho, el patrón de San Joaquín del Llano, el hombre que había creído que podía mandar sobre todo, se quedó sentado en su mecedora, esperando. Esperando a que la cuenta llegara. Esperando a que los muertos cobraran. Esperando a que la tierra se lo tragara como se había tragado a los otros.

Porque sabía que en San Joaquín del Llano, las cuentas siempre se cobran. Tarde o temprano, siempre se cobran. Y su cuenta ya estaba vencida. Ya estaba lista para cobrarse. Ya estaba esperando en la mesa, como desayuno que se enfría.

Y los gallos seguían cantando. Cantando desde la tierra. Cantando desde los muertos. Cantando desde el peso que no se ve pero que siempre está ahí.

El peso de las cosas que se hicieron. El peso de las cosas que se mandaron hacer. El peso de las cosas que pesan sin verse pero que nunca se olvidan.

Y don Lencho, por primera vez en su vida, supo lo que era tener miedo. Miedo real. Miedo de los muertos que no se van. Miedo de los gallos que no existen. Miedo del peso que no se quita.

Miedo de sí mismo.

Capítulo 9

Los hijos del patrón

El hijo llegó con el aire de Dallas pegado a la ropa. Llegó con zapatos que no conocían el polvo de San Joaquín del Llano, con camisa que no había sudado bajo este sol, con manos que no habían tocado esta tierra. Llegó como llegan los que se van jóvenes y regresan extraños: con la mirada que busca lo que ya no está, con la voz que pronuncia las palabras de siempre pero con acento de otro lugar.

Se llamaba Lorenzo, como el padre, como el abuelo, como todos los primogénitos de la familia Heredia. Pero la gente del pueblo no lo conocía por Lorenzo. Lo conocían por Lencho chico, aunque ya no fuera chico. Lo conocían por el hijo del patrón, aunque ya no fuera hijo sino hombre hecho y derecho. Lo conocían por el que se fue, aunque ya hubiera vuelto.

Había estado cuatro años en Estados Unidos. Cuatro años estudiando administración de empresas en una universidad cuyo nombre don Lencho no sabía pronunciar. Cuatro años aprendiendo cosas que no se enseñan en

San Joaquín del Llano: computadoras, mercadotecnia, planes de negocios. Cuatro años preparándose para regresar y cambiar las cosas.

Don Lencho lo esperaba en el corredor, sentado en la mecedora de mimbre, con la camisa blanca de los domingos y el sombrero puesto aunque fuera entre semana. Había mandado matar un becerro para la comida. Había mandado limpiar la casa de arriba abajo. Había mandado que Jacinta cocinara mole como en las fiestas grandes. Porque el regreso del hijo era fiesta grande. Era la fiesta más grande que podía haber en San Joaquín del Llano.

Pero cuando vio llegar la camioneta blanca por el camino de tierra, don Lencho sintió algo raro en el pecho. Algo que no era alegría. Algo que no era orgullo. Algo que se parecía al miedo. Al miedo de reconocer en el hijo al extraño. Al miedo de no reconocer en el extraño al hijo.

Lorenzo bajó de la camioneta. Traía una maleta de cuero que parecía cara. Traía un teléfono que parecía pequeña computadora. Traía la sonrisa de los que han visto mundo. Pero los ojos eran los mismos. Los ojos de los Heredia. Los ojos que habían visto esta tierra nacer y crecer y envejecer.

—Papá —dijo, y la palabra sonó diferente. Sonó como si viniera de lejos. Como si hubiera viajado mucho para llegar a la boca.

—Hijo —contestó don Lencho, y se levantó de la mecedora. Se levantó despacio, como si los años le pesaran más que antes. Como si la presencia del hijo le recordara todo lo que había pasado en su ausencia.

Se abrazaron. Se abrazaron como se abrazan los que se conocen pero no se reconocen. Como se abrazan los que han vivido en mundos diferentes. Como se abrazan los que saben que las cosas han cambiado pero no saben cuánto.

—¿Cómo está todo por aquí? —preguntó Lorenzo, y miró alrededor como si viera el rancho por primera vez. Como si lo estuviera midiendo con ojos nuevos. Como si lo estuviera evaluando.

—Igual que siempre —dijo don Lencho—. La tierra no cambia. Las vacas no cambian. La gente no cambia. Todo sigue igual.

Pero sabía que mentía. Sabía que todo había cambiado. Sabía que él mismo había cambiado. Sabía que ya no era el mismo hombre que había despedido al hijo cuatro años atrás. Sabía que ya no era el mismo hombre que dormía tranquilo. Sabía que ya no era el mismo hombre que no oía gallos fantasma en la madrugada.

Comieron en el comedor grande. El comedor que solo se usaba para las ocasiones especiales. El comedor con la mesa de caoba que había pertenecido al abuelo. El comedor con los retratos de familia mirando desde las paredes. El comedor que olía a historia y a secretos.

Jacinta sirvió el mole. Sirvió las tortillas hechas a mano. Sirvió el agua de jamaica que sabía a infancia. Sirvió la comida que sabía a casa. Pero Lorenzo comía como si no tuviera hambre. Como si el estómago se le

hubiera acostumbrado a otra comida. Como si el paladar se le hubiera acostumbrado a otros sabores.

—¿Y cómo te fue en la escuela? —preguntó don Lencho.

—Bien, papá. Aprendí muchas cosas. Cosas que nos pueden servir aquí en el rancho.

—¿Qué tipo de cosas?

Lorenzo dejó el tenedor. Miró a su padre como si estuviera midiendo las palabras. Como si estuviera calculando hasta dónde podía llegar. Como si estuviera preparándose para una guerra.

—Cosas sobre exportación. Sobre mercados internacionales. Sobre turismo ecológico. Sobre maneras de hacer crecer el negocio sin... sin los riesgos que tenemos ahora.

Don Lencho masticó despacio. Masticó como si la comida se le hubiera vuelto piedra. Como si las palabras del hijo se le hubieran atragantado.

—¿Qué riesgos?

—Ya sabes de qué riesgos hablo, papá. Los riesgos de hacer negocios que no son... que no son completamente legales.

El aire se puso espeso. Se puso espeso como antes de la tormenta. Como antes de la pelea. Como antes de las palabras que no se pueden regresar.

—¿Quién te dijo que aquí hacemos negocios ilegales?

—Nadie me dijo nada. Pero no soy tonto, papá. Sé que el rancho genera más dinero del que puede generar vendiendo ganado. Sé que hay movimientos que no aparecen en los libros. Sé que hay gente que viene y va y que no son compradores de vacas.

Don Lencho se limpió la boca con la servilleta. Se limpió despacio, como si estuviera ganando tiempo. Como si estuviera pensando qué decir. Como si estuviera decidiendo si decir la verdad o seguir mintiendo.

—¿Y si fuera cierto? ¿Y si este rancho se mantuviera con dinero que no viene de las vacas? ¿Qué harías?

—Cambiaría las cosas. Haría que el rancho fuera un negocio limpio. Un negocio que se pudiera declarar completo en los impuestos. Un negocio que no tuviera que esconderse.

—¿Y cómo harías eso?

Lorenzo se animó. Se animó como se animan los que creen que tienen la solución. Como se animan los que han estudiado teorías y creen que las teorías sirven para la vida real.

—Tengo planes, papá. Planes que desarrollé en la universidad. Podríamos hacer un hotel ecológico. Podríamos traer turistas que quieran conocer la vida del rancho. Podríamos vender carne orgánica certificada. Podríamos exportar productos del campo. Podríamos hacer muchas cosas.

Don Lencho sonrió. Sonrió como sonríen los que saben que los planes no siempre funcionan. Como sonríen los que han vivido lo suficiente para saber que la vida no es como los libros.

—¿Y de dónde sacaríamos el dinero para hacer todo eso?

—Del dinero que ya tenemos. Del dinero que hemos ganado con... con los otros negocios. Lo podríamos lavar. Lo podríamos hacer legal.

—¿Lavar?

—Sí, papá. Blanquear. Hacer que el dinero sucio se vuelva dinero limpio. Es algo que se puede hacer. Es algo que se hace.

Don Lencho se levantó de la mesa. Caminó hasta la ventana. Miró hacia el patio donde las gallinas picoteaban en la tierra. Miró hacia el corral donde las vacas rumiaban bajo la sombra. Miró hacia los cerros que se perdían en el horizonte como sueños que no se cumplen.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de las vacas? —preguntó.

—¿Qué, papá?

—Que no hacen preguntas. Que no juzgan. Que no tratan de cambiar las cosas. Que aceptan las cosas como son.

—Pero nosotros no somos vacas, papá. Nosotros podemos cambiar. Podemos mejorar. Podemos hacer las cosas diferentes.

Don Lencho regresó a la mesa. Se sentó frente a su hijo. Lo miró a los ojos. Lo miró como si estuviera viendo al niño que había sido. Como si estuviera viendo al hombre que quería ser. Como si estuviera viendo al extraño que había regresado.

—¿Sabes por qué tu abuelo compró este rancho?

—No.

—Porque estaba barato. Estaba barato porque nadie lo quería. Nadie lo quería porque la tierra era mala. Porque no llovía. Porque las vacas se morían. Porque era tierra maldita.

Lorenzo escuchó. Escuchó como se escuchan las historias viejas. Como se escuchan las historias que ya se han oído antes. Como se escuchan las historias que se cuentan para justificar el presente.

—Tu abuelo trabajó esta tierra durante treinta años. Treinta años de sequía. Treinta años de hambre. Treinta años de ver morir las vacas. Treinta años de no poder pagar las deudas. Treinta años de vivir como pobre en tierra que era suya.

—¿Y entonces?

—Entonces llegó la oportunidad. Llegó la gente que necesitaba un lugar donde pasar mercancía. Llegó el dinero que nos salvó de la quiebra. Llegó la solución a nuestros problemas.

—¿Qué tipo de mercancía?

Don Lencho se quedó callado. Se quedó callado como se quedan callados los que saben que han dicho demasiado. Como se quedan callados los que saben que ya no hay marcha atrás.

—La que tú ya sabes. La que no se pregunta. La que no se ve. La que pasa de noche y no deja rastro.

—Drogas.

—Productos que la gente quiere comprar. Productos que la gente está dispuesta a pagar. Productos que cruzan fronteras como cruzan los pájaros: sin pedir permiso.

Lorenzo empujó el plato. Empujó el plato como si la comida se le hubiera vuelto veneno. Como si ya no pudiera tragar. Como si el estómago se le hubiera cerrado.

—¿Y no te da vergüenza?

—¿Vergüenza de qué? ¿De dar trabajo a la gente? ¿De que el pueblo tenga dinero? ¿De que las familias coman? ¿De que los niños vayan a la escuela?

—Vergüenza de ser narco.

La palabra quedó flotando en el aire. Quedó flotando como humo. Como maldición. Como sentencia que no se puede revocar.

—No soy narco —dijo don Lencho—. Soy ranchero. Soy patrón. Soy hombre que hace lo que tiene que hacer para que su familia viva bien.

—¿Y los muertos? ¿Los periodistas que han venido y no han regresado? ¿Los que han desaparecido?

Don Lencho sintió que el pecho se le apretaba. Sintió que el aire se le hacía escaso. Sintió que los gallos fantasma empezaban a cantar otra vez, aunque fuera de día.

—¿Qué periodistas?

—Los que han venido a investigar. Los que han hecho preguntas. Los que han querido saber la verdad.

—No sé de qué me hablas.

—Sí sabes, papá. Sí sabes y yo también sé. Sé que aquí han pasado cosas. Sé que esta tierra no solo da maíz. Sé que esta tierra también da muerte.

Don Lencho se levantó. Se levantó como se levantan los que han sido acusados. Como se levantan los que han sido descubiertos. Como se levantan los que ya no pueden fingir.

—¿Qué quieres que haga? ¿Qué quieres que cambie? ¿Quieres que deje que el rancho se vuelva a quedar sin dinero? ¿Quieres que la gente del pueblo se vaya a buscar trabajo a otra parte? ¿Quieres que todo se acabe?

—Quiero que hagamos las cosas bien. Quiero que tengamos un negocio limpio. Quiero que podamos dormir tranquilos.

—Yo duermo tranquilo.

—No, papá. No duermes tranquilo. Te he visto. Te he visto levantarte en la madrugada. Te he visto caminar por la casa como si buscaras algo. Te he visto hablar solo. Te he visto envejecer de golpe.

Don Lencho se quedó quieto. Se quedó quieto como se quedan quietos los que han sido alcanzados por la verdad. Como se quedan quietos los que ya no pueden huir.

—¿Sabes qué es lo que más me duele? —preguntó Lorenzo.

—¿Qué?

—Que mi hijo va a crecer en un mundo donde su abuelo fue narco. Donde su abuelo mandó matar gente. Donde su abuelo construyó un imperio sobre cadáveres.

—¿Tienes hijo?

—Voy a tener. Mi esposa está embarazada. Se llama Sarah. Es gringa. Es buena gente. Y no sabe nada de esto.

Don Lencho sintió que algo se le rompía por dentro. Sintió que el peso que cargaba se hacía más pesado. Sintió que los gallos fantasma cantaban más fuerte.

—¿Y qué va a pasar cuando se entere?

—No se va a enterar. Porque vamos a cambiar las cosas. Porque vamos a hacer que este rancho sea un lugar limpio. Un lugar donde mi hijo pueda crecer sin vergüenza.

—¿Y si no se puede?

—Se puede, papá. Todo se puede cambiar. Todo se puede arreglar. Todo se puede hacer nuevo.

Don Lencho miró a su hijo. Lo miró como si estuviera viendo su propia juventud. Como si estuviera viendo sus propios sueños. Como si estuviera viendo todo lo que él había querido ser y no había podido.

—¿Sabes qué es lo que más me asusta de ti?

—¿Qué?

—Que te pareces a mí. Que tienes las mismas ganas de cambiar el mundo. Que tienes la misma confianza en que las cosas se pueden arreglar. Que tienes la misma inocencia que yo tenía cuando era joven.

—¿Y qué tiene de malo?

—Que el mundo no se deja cambiar. Que las cosas no se arreglan. Que la inocencia se pierde. Y cuando se pierde, ya no se recupera.

Lorenzo se acercó a su padre. Se acercó como se acercan los hijos cuando quieren convencer a los padres. Como se acercan los que creen que el amor puede cambiar las cosas.

—Papá, no tienes que seguir siendo el mismo hombre. Puedes cambiar. Podemos cambiar juntos. Podemos hacer que esta tierra sea diferente.

Don Lencho sonrió. Sonrió con tristeza. Con la tristeza de los que saben que ya es muy tarde. Con la tristeza de los que saben que hay cosas que no se pueden cambiar.

—¿Sabes qué es lo que más me duele decirte?

—¿Qué?

—Que esta tierra no es solo rancho. Esta tierra es cementerio. Y los cementerios no se pueden cambiar. Solo se pueden visitar. Solo se pueden respetar. Solo se pueden cuidar.

—¿Qué quieres decir?

—Que aquí están enterrados los que trataron de cambiar las cosas. Los que hicieron preguntas. Los que quisieron saber la verdad. Y si tú sigues por ese camino, tú también vas a acabar enterrado.

Lorenzo retrocedió. Retrocedió como si el padre se hubiera vuelto extraño. Como si el padre se hubiera vuelto peligroso. Como si el padre se hubiera vuelto enemigo.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy advirtiendo. Te estoy diciendo que las cosas son como son. Te estoy diciendo que no puedes cambiar lo que ya está hecho. Te estoy diciendo que si quieres vivir, tienes que aceptar.

—¿Y si no acepto?

Don Lencho se quedó callado. Se quedó callado como se quedan callados los que saben que han llegado al final. Como se quedan callados los que saben que ya no hay más que decir.

—Entonces tendrás que irte. Tendrás que irte y no regresar. Tendrás que irte como se fueron los otros. Tendrás que irte para siempre.

—¿Como se fueron qué otros?

—Los que quisieron cambiar las cosas. Los que no entendieron que aquí las cosas son como son. Los que no entendieron que esta tierra tiene sus propias leyes.

Lorenzo miró alrededor. Miró los retratos de familia. Miró la mesa de caoba. Miró las paredes que conocía desde niño. Miró todo lo que había sido su casa y que ahora le parecía prisión.

—¿Y mi herencia?

—Tu herencia es esta tierra. Esta tierra con todo lo que tiene. Esta tierra con todo lo que ha pasado. Esta tierra con todo lo que está enterrado. Si la quieres, la aceptas completa. Si no la quieres, te vas con las manos vacías.

—¿Y mi hijo?

—Tu hijo puede venir cuando sea grande. Puede venir a conocer a su abuelo. Puede venir a conocer su historia. Puede venir a decidir si quiere ser parte de esto o si quiere irse también.

Lorenzo se levantó. Se levantó como se levantan los que han perdido. Como se levantan los que han entendido que la guerra ya está terminada. Como se levantan los que saben que ya no hay nada que hacer.

—Me voy mañana.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

Don Lencho asintió. Asintió como asienten los que saben que las cosas tenían que terminar así. Como asienten los que saben que los hijos no siempre entienden a los padres. Como asienten los que saben que la tierra se queda con unos y se deshace de otros.

—Está bien. Jacinta te va a preparar comida para el camino. Te va a dar dinero para que te vayas bien. Te va a dar todo lo que necesites.

—No quiero nada de aquí.

—Lo vas a necesitar. Los que se van siempre necesitan algo de donde vienen. Siempre necesitan un pedazo de la tierra que los vio nacer.

Lorenzo caminó hacia la puerta. Caminó como si estuviera saliendo de una casa que se incendia. Como si estuviera huyendo de algo que lo quería atrapar. Como si estuviera escapando de su propio destino.

—Papá —dijo, sin voltear.

—¿Qué?

—Espero que puedas dormir tranquilo.

—Y yo espero que tú puedas olvidar.

Lorenzo se fue. Se fue como había llegado: en la camioneta blanca, con la maleta de cuero, con el teléfono que parecía computadora. Se fue llevándose el aire de Dallas pegado a la ropa. Se fue llevándose los zapatos que no conocían el polvo. Se fue llevándose las manos que no habían tocado esta tierra.

Don Lencho se quedó en el corredor. Se quedó viendo cómo la camioneta se perdía en el camino de tierra. Se quedó viendo cómo el polvo se levantaba detrás de las llantas. Se quedó viendo cómo su hijo se convertía en punto en el horizonte.

Y cuando ya no pudo ver nada, volvió a sentarse en la mecedora. Volvió a mecerse como se había mecido toda la vida. Volvió a esperar como había esperado siempre.

Pero ahora esperaba solo. Esperaba sin heredero. Esperaba sin hijo que continuara su historia. Esperaba sin nadie que entendiera que las cosas son como son y que la tierra tiene sus propias leyes.

Y los gallos fantasma volvieron a cantar. Volvieron a cantar desde la tierra. Volvieron a cantar desde los muertos. Volvieron a cantar desde el cementerio que era su rancho.

Y don Lencho entendió que había perdido algo más que un hijo. Había perdido el futuro. Había perdido la continuidad. Había perdido la esperanza de que alguien entendiera su historia.

Porque los hijos del patrón no siempre quieren ser patrones. Y los patrones no siempre entienden que los hijos pueden elegir ser diferentes.

Y en San Joaquín del Llano, donde las cosas son como son, quedó solo el patrón. El patrón sin hijo. El patrón sin futuro. El patrón sin nadie que cargara el peso que él había cargado.

Y la tierra siguió siendo cementerio. Y los muertos siguieron enterrados. Y los gallos siguieron cantando desde ningún lugar.

Y don Lencho siguió meciendo. Siguió esperando. Siguió cargando el peso que no se quita y que ahora tendría que cargar hasta el final.

Hasta el final que ya se veía venir. Hasta el final que ya estaba escrito en el polvo. Hasta el final que cantaban los gallos fantasma en la madrugada.

El final que se llama soledad. El final que se llama abandono. El final que se llama cuenta que se cobra sola.

Y la mecedora siguió crujiendo. Siguió crujiendo como huesos que se acomodan. Como tierra que se asienta. Como secretos que se acomodan en el fondo de las cosas.

Y el viento siguió soplando. Siguió soplando desde los cerros. Siguió soplando desde los muertos. Siguió soplando desde el futuro que ya no iba a llegar.

Y don Lencho siguió meciendo. Solo. Sin hijo. Sin heredero. Sin nadie que entendiera que esta tierra es cementerio y que los cementerios no se pueden cambiar.

Solo se pueden cuidar. Solo se pueden respetar. Solo se pueden habitar hasta que llegue la hora de quedarse para siempre.

Y esa hora ya se acercaba. Ya se oía en el canto de los gallos. Ya se veía en el horizonte. Ya se sentía en el aire que olía a muerte.

La hora del patrón sin hijos. La hora del patrón sin futuro. La hora del patrón que se queda solo con su tierra y sus muertos.

Y los gallos siguieron cantando. Siguieron cantando desde la tierra. Siguieron cantando desde el tiempo que se acaba. Siguieron cantando desde el cementerio que era San Joaquín del Llano.

Capítulo 10

Las sombras también florecen

La traición llegó con el viento del norte, ese viento que trae malas noticias y que hace que los perros aúllen sin razón. Llegó un martes por la mañana, cuando el sol apenas se asomaba por entre los cerros y las vacas todavía tenían rocío en el lomo. Llegó de la mano de Juvencio Martínez, el hombre

que había sido como hermano durante veinte años, el hombre que conocía todos los secretos, el hombre que sabía dónde estaban enterrados los muertos.

Don Lencho despertó esa mañana con el sabor de la tierra en la boca. Había soñado que caminaba por un campo de maíz, pero las mazorcas eran calaveras y las hojas eran billetes que se volaban con el viento. Había soñado que los gallos cantaban desde debajo de la tierra, desde las raíces, desde el lugar donde se plantan las semillas y donde se pudren los cuerpos.

Se levantó con el peso de los sueños mal dormidos. Con el peso de las noches que se hacen largas cuando la conciencia no descansa. Con el peso de los muertos que no se van y que cantan gallos que no existen.

Jacinta le sirvió café en la taza de peltre, la misma taza que había usado su padre, la misma taza que estaba desportillada en el borde como las promesas que se rompen. Le sirvió café negro, amargo, que sabía a tierra quemada y a tiempo que se acaba.

—¿Durmió bien, patrón?

—Como siempre, Jacinta. Como siempre.

Pero Jacinta sabía que mentía. Sabía que no dormía bien desde hacía meses. Sabía que se levantaba en la madrugada a caminar por la casa como ánima en pena. Sabía que hablaba solo, que se quejaba dormido, que gritaba nombres en idiomas que no eran de aquí.

—¿Va a desayunar?

—Sí. Pero no huevos. Ya te dije que no quiero nada que venga de animal muerto.

—¿Qué quiere entonces?

—Tortillas. Frijoles. Café. Cosas que vienen de la tierra buena. Cosas que no han sufrido.

Jacinta se fue a la cocina. Se fue pensando que don Lencho se estaba volviendo raro. Raro como se vuelven los que cargan muchos muertos. Raro como se vuelven los que ya no pueden con el peso de lo que han hecho.

Mientras desayunaba, llegó Juvencio. Llegó como llegaba todos los días: con el sombrero echado hacia atrás, con la camisa manchada de tierra, con las botas que conocían todos los caminos del rancho. Llegó con la sonrisa de siempre, con el saludo de siempre, con la confianza de siempre.

—Buenos días, patrón.

—Buenos días, Juvencio. ¿Cómo amaneció la cosa?

—Tranquila. Todo tranquilo. Las vacas bien. Los muchachos trabajando. Todo como debe ser.

Don Lencho lo miró. Lo miró como había aprendido a mirar a la gente: buscando la verdad detrás de las palabras, buscando la mentira detrás de los ojos, buscando la traición detrás de la sonrisa.

—¿Seguro que todo está tranquilo?

—Sí, patrón. ¿Por qué pregunta?

—Porque anoche soñé con gallos. Soñé que cantaban desde debajo de la tierra. Soñé que traían malas noticias.

Juvencio se rio. Se rio como se ríen los que saben que los sueños no se cumplen. Como se ríen los que saben que los gallos no cantan desde los muertos. Como se ríen los que saben que ellos mismos son las malas noticias.

—Los sueños no significan nada, patrón. Los sueños son como el viento: hacen ruido pero no mueven las cosas.

—A veces sí las mueven, Juvencio. A veces los sueños son avisos. A veces los muertos hablan en sueños.

—¿Cuáles muertos?

Don Lencho se quedó callado. Se quedó callado como se quedan callados los que saben que han dicho demasiado. Como se quedan callados los que saben que hay oídos que escuchan lo que no deben escuchar.

—Los muertos que todos tenemos. Los muertos que cargamos. Los muertos que nos siguen.

—Yo no tengo muertos, patrón. Yo tengo la conciencia limpia.

—Todos tenemos muertos, Juvencio. Todos cargamos peso. Todos tenemos cosas que pesan sin verse.

Juvencio se acomodó en la silla. Se acomodó como se acomodan los que van a decir algo importante. Como se acomodan los que van a cambiar el rumbo de las cosas. Como se acomodan los que van a traicionar.

—Patrón, necesito decirle algo.

—¿Qué?

—Ayer vinieron unos señores. Unos señores que preguntaban por usted. Que preguntaban por el rancho. Que preguntaban por los negocios.

Don Lencho sintió que el café se le enfriaba en la taza. Sintió que el aire se le hacía pesado. Sintió que los gallos del sueño empezaban a cantar otra vez.

—¿Qué tipo de señores?

—Señores bien vestidos. Señores con camionetas nuevas. Señores que traían dinero.

—¿Y qué les dijiste?

—Les dije que usted era buen patrón. Les dije que el rancho era próspero. Les dije que aquí se trabajaba honrado.

—¿Y qué más les dijiste?

Juvencio se quedó callado. Se quedó callado como se quedan callados los que saben que han dicho lo que no debían. Como se quedan callados los

que saben que ya no hay marcha atrás. Como se quedan callados los que saben que han vendido su alma.

—Les dije que usted era hombre de palabra. Les dije que se podía confiar en usted. Les dije que si necesitaban algo, usted era el hombre indicado.

—¿Qué necesitaban?

—Necesitaban pasar mercancía. Necesitaban un lugar seguro. Necesitaban alguien que conociera la zona.

Don Lencho se levantó. Se levantó como se levantan los que han entendido que la guerra ha comenzado. Como se levantan los que saben que el enemigo ya está adentro. Como se levantan los que saben que han sido traicionados.

—¿Y tú qué les dijiste?

—Les dije que sí. Les dije que usted era el hombre que necesitaban. Les dije que aquí se podía hacer negocio.

—¿Sin preguntarme?

—Pensé que le iba a dar gusto. Pensé que más dinero siempre es bueno. Pensé que usted iba a estar contento.

Don Lencho caminó hasta la ventana. Miró hacia el patio donde las gallinas seguían picoteando. Miró hacia el corral donde las vacas seguían rumiando. Miró hacia los cerros que se veían igual que siempre, como si nada hubiera cambiado, como si la traición fuera cosa que no tocara la tierra.

—¿Sabes cuál es el problema con los gallos, Juvencio?

—¿Cuál?

—Que no solo cantan para avisar que viene el día. También cantan para avisar que viene la muerte. También cantan para avisar que viene el peligro. También cantan para avisar que viene la guerra.

—¿De qué guerra habla, patrón?

Don Lencho se volteó. Se volteó como se voltean los que van a decir la verdad. Como se voltean los que van a mostrar quiénes son en realidad. Como se voltean los que ya no pueden fingir.

—De la guerra que tú acabas de empezar. De la guerra que tú acabas de traer a mi casa. De la guerra que tú acabas de sembrar en mi tierra.

—No entiendo.

—Sí entiendes. Entiendes perfectamente. Sabes que esos señores no venían a hacer negocios. Sabes que venían a hacer guerra. Sabes que venían a quitarme lo que es mío.

Juvencio se levantó. Se levantó como se levantan los que han sido descubiertos. Como se levantan los que saben que la mentira ya no sirve. Como se levantan los que saben que ha llegado la hora de mostrar las cartas.

—¿Y qué si fuera cierto? ¿Y qué si quisieran cambiar las cosas? ¿Y qué si pensaran que usted ya está viejo para manejar el negocio?

—¿Cuánto te pagaron?

—¿Qué?

—Que cuánto te pagaron por venderme. Que cuánto te pagaron por traicionarme. Que cuánto te pagaron por ser Judas.

Juvencio se puso pálido. Se puso pálido como se ponen los que saben que ya no pueden negar. Como se ponen los que saben que la verdad los ha alcanzado. Como se ponen los que saben que han sido descubiertos.

—Cincuenta mil pesos.

—¿Eso es lo que vale nuestra amistad? ¿Eso es lo que valen veinte años de confianza? ¿Eso es lo que vale mi vida?

—Su vida no vale nada, patrón. Su vida es vida de muerto. Su vida es vida de hombre que ya no puede dormir. Su vida es vida de hombre que habla con fantasmas.

Don Lencho sintió que algo se le rompía por dentro. Sintió que los gallos cantaban más fuerte. Sintió que los muertos se levantaban de sus tumbas para ver el espectáculo.

—¿Desde cuándo me odias?

—Desde siempre. Desde que llegué aquí de niño. Desde que me tocó trabajar su tierra. Desde que me tocó agachar la cabeza. Desde que me tocó ser su sirviente.

—Te traté como hermano.

—Me trató como perro. Me trató como cosa que se usa y se tira. Me trató como hombre que no vale nada.

—Te di trabajo. Te di casa. Te di dinero.

—Me dio las sobras. Me dio lo que no le servía. Me dio lo que no quería para usted.

Don Lencho se acercó a Juvencio. Se acercó como se acercan los que van a hacer justicia. Como se acercan los que van a cobrar las cuentas. Como se acercan los que ya no tienen nada que perder.

—¿Sabes qué es lo que más me duele?

—¿Qué?

—Que te voy a tener que matar. Que te voy a tener que enterrar en la misma tierra que trabajaste. Que te voy a tener que poner junto a los otros que me traicionaron.

Juvencio retrocedió. Retrocedió como retroceden los que saben que la muerte ha llegado. Como retroceden los que saben que ya no hay perdón. Como retroceden los que saben que van a morir.

—No me puede matar. Soy su compadre. Soy su amigo. Soy su hermano.

—Los hermanos no se venden. Los amigos no traicionan. Los compadres no ponen precio a la confianza.

Don Lencho sacó la pistola. La sacó como había aprendido a sacar las cosas importantes: despacio, con cuidado, con la certeza de que se van a usar. La sacó como se saca la herramienta que va a arreglar las cosas.

—Por favor, patrón. Por favor, no me mate. Tengo familia. Tengo hijos. Tengo mujer.

—Yo también tenía hijo. Yo también tenía familia. Yo también tenía cosas que perder. Pero las perdí por hacer lo que tenía que hacer. Por ser lo que tenía que ser. Por cargar el peso que tenía que cargar.

—Le devuelvo el dinero. Le devuelvo todo. Le digo a los señores que cambié de opinión.

—Ya es muy tarde. Ya está hecho. Ya no se puede regresar. Ya no se puede cambiar.

Don Lencho disparó. Disparó como se dispara cuando no hay más opción. Como se dispara cuando la justicia se hace con las manos. Como se dispara cuando la tierra pide sangre.

Juvencio cayó. Cayó como caen los árboles que se cortan. Como caen las cosas que se quiebran. Como caen los hombres que se mueren. Cayó sin hacer ruido, como si la tierra lo hubiera estado esperando.

Don Lencho se quedó parado, con la pistola en la mano. Se quedó parado como se quedan los que acaban de matar. Como se quedan los que acaban de hacer justicia. Como se quedan los que acaban de añadir otro muerto a la cuenta.

Jacinta llegó corriendo. Llegó como llegan los que oyen disparos. Como llegan los que saben que algo malo ha pasado. Como llegan los que saben que la muerte ha visitado la casa.

—¿Qué pasó, patrón?

—Pasó lo que tenía que pasar. Pasó lo que estaba escrito. Pasó lo que anunciaban los gallos.

—¿Qué hacemos con él?

—Lo mismo que con los otros. Lo llevamos a la sierra. Lo enterramos donde nadie lo encuentre. Lo ponemos con los que se fueron antes.

—¿Y los señores que venían?

—Van a venir. Van a venir porque Juvencio les dijo que vinieran. Van a venir porque ya no pueden parar. Van a venir porque la guerra ya empezó.

—¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a pelear. Vamos a defender lo que es nuestro. Vamos a mostrar que esta tierra no se regala. Vamos a mostrar que aquí se muere peleando.

Don Lencho guardó la pistola. Se limpió las manos en el pantalón como si pudiera limpiar la sangre que no se veía. Como si pudiera limpiar la muerte

que se había pegado a los dedos. Como si pudiera limpiar el peso que se había hecho más pesado.

—Manda traer a los muchachos. Manda traer las armas. Manda traer todo lo que vamos a necesitar.

—¿Para qué?

—Para la guerra. Para la guerra que va a venir con el viento del norte. Para la guerra que va a teñir de rojo los sembradíos. Para la guerra que va a hacer que los gallos canten desde la tierra.

Y así empezó la guerra silenciosa que se volvió ruido. La guerra que había estado esperando su momento. La guerra que había estado creciendo como la hierba mala. La guerra que había estado alimentándose de secretos y de muertos.

Llegó con el estruendo de las camionetas que se acercaban por el camino. Llegó con el ruido de los cuernos de chivo que se cargaban. Llegó con el grito de los hombres que iban a morir. Llegó con el silbido de las balas que buscan carne.

Y don Lencho se quedó en el corredor, esperando. Esperando como había aprendido a esperar: con paciencia, con calma, con la certeza de que todo lo que empieza tiene que terminar. Esperando como esperan los que saben que la muerte viene pero no saben cuándo. Esperando como esperan los que han plantado viento y van a cosechar tempestades.

Y los gallos cantaron. Cantaron desde la tierra. Cantaron desde los muertos. Cantaron desde el cementerio que era San Joaquín del Llano. Cantaron para anunciar que la guerra había llegado. Cantaron para anunciar que las sombras también florecen. Cantaron para anunciar que hasta las cosas más oscuras pueden dar fruto.

Y el fruto que dieron fue plomo. Y el fruto que dieron fue muerte. Y el fruto que dieron fue el principio del fin que ya se veía venir desde hacía tiempo.

Desde que los primeros muertos se enterraron en la sierra. Desde que los primeros gallos cantaron desde la tierra. Desde que don Lencho entendió que las cuentas siempre se cobran y que su cuenta ya estaba vencida.

Y la guerra siguió. Siguió como siguen las cosas que no se pueden parar. Siguió como siguen los ríos que bajan de la montaña. Siguió como siguen las maldiciones que se heredan de padre a hijo.

Y don Lencho siguió esperando. Siguió esperando en su mecedora. Siguió esperando que llegara el final. Siguió esperando que los gallos dejaran de cantar.

Pero los gallos no se callaron. Los gallos siguieron cantando. Los gallos siguieron anunciando que las sombras también florecen y que de la tierra más maldita pueden nacer las flores más hermosas.

Las flores que se llaman muerte. Las flores que se llaman justicia. Las flores que se llaman cuenta que se cobra.

Y don Lencho siguió meciendo. Siguió meciendo mientras la guerra rugía alrededor. Siguió meciendo mientras los muertos se levantaban. Siguió meciendo mientras las sombras florecían en el cementerio que era su tierra.

Y el viento siguió soplando. El viento del norte que trae malas noticias. El viento que mueve las cosas que no se quieren mover. El viento que planta las semillas que no se quieren plantar.

Y los gallos siguieron cantando. Siguieron cantando desde la tierra. Siguieron cantando desde los muertos. Siguieron cantando desde el lugar donde las sombras florecen y donde todo lo que se siembra se cosecha.

Y don Lencho siguió esperando. Esperando que llegara su hora. Esperando que se cobrara su cuenta. Esperando que floreciera su propia sombra.

La sombra que había crecido con cada muerto. La sombra que había crecido con cada traición. La sombra que había crecido hasta cubrir todo San Joaquín del Llano.

Y ahora esa sombra empezaba a florecer. Empezaba a dar fruto. Empezaba a mostrar de qué estaba hecha la tierra que don Lencho había regado con sangre.

Y los gallos siguieron cantando. Siguieron cantando para anunciar que había llegado la hora. La hora de la cosecha. La hora de la cuenta. La hora de las sombras que florecen.

Capítulo 11

Las piedras tienen memoria

El agente Rodríguez llegó cuando el viento había dejado de soplar. Llegó en una camioneta blanca del gobierno, con placas que nadie conocía en San Joaquín del Llano, con papeles que traían sellos oficiales y con preguntas que nadie quería contestar. Llegó como llegan los que buscan lo que no se debe buscar, como llegan los que escarban en tierra que no es suya, como llegan los que quieren saber lo que es mejor no saber.

Se llamaba Martín Rodríguez y había venido desde la capital, desde esas oficinas donde los hombres usan corbata y creen que la justicia se hace con expedientes. Había venido siguiendo pistas que lo habían llevado por medio país, siguiendo un rastro de sangre que se perdía y se encontraba como río que se seca y vuelve a nacer más adelante.

Tenía cuarenta años y la cara marcada por el sol de muchos caminos. Tenía ojos que habían visto cosas que se guardan en los archivos, manos que habían tocado evidencias que luego desaparecían, boca que había hecho preguntas que otros no querían que se hicieran. Tenía la paciencia de los que saben que la verdad siempre sale, aunque tarde años en asomar la cabeza.

Pero sobre todo tenía algo que ya no abundaba en su oficio: tenía la necedad de los que no se venden. La necedad de los que creen que las cosas se pueden cambiar. La necedad de los que piensan que la justicia no es palabra que se dice nada más para que suene bonito.

Había empezado a investigar el caso tres años atrás, cuando encontró una fosa común en Sinaloa. Había encontrado cuerpos sin nombre, huesos que ya no sabían de dónde venían, calaveras que sonreían como si supieran algo que él no sabía. Había encontrado una cartera con documentos que lo llevaron a otro lugar, y de ahí a otro, y de ahí a otro, hasta que el rastro lo trajo a San Joaquín del Llano.

Llegó a mediodía, cuando el sol estaba en su punto más alto y las sombras se escondían debajo de las cosas. Llegó cuando la gente se refugiaba en sus casas, cuando los perros jadeaban bajo la sombra de los árboles, cuando hasta las moscas volaban despacio porque el calor las volvía perezosas.

Se detuvo en la cantina de Remedios, esa cantina que era como el corazón del pueblo, donde se sabía todo lo que pasaba y donde se guardaban todos los secretos. Se detuvo porque sabía que en los pueblos chicos las cantinas son como confesionarios: lugares donde los hombres dicen lo que no dirían en ningún otro lado.

Remedios lo vio entrar y supo inmediatamente que era forastero. Lo supo por la manera de caminar, por la manera de mirar, por la manera de acomodarse en la silla como si no conociera las costumbres del lugar. Lo supo porque traía ese aire de los que vienen de lejos, ese aire de los que no pertenecen a la tierra que pisan.

—¿Qué se va a servir? —preguntó Remedios.

—Una cerveza. Bien fría.

—¿De dónde viene?

—De México. De la capital.

—¿Y qué lo trae por estos rumbos?

Rodríguez la miró. La miró como había aprendido a mirar a la gente: buscando las señales, buscando las mentiras, buscando el miedo que se esconde detrás de las palabras.

—Trabajo. Vengo por trabajo.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Trabajo del gobierno. Trabajo que tiene que ver con cosas que han pasado aquí.

Remedios se puso tensa. Se puso tensa como se ponen los que saben que las preguntas peligrosas ya empezaron. Como se ponen los que saben que los secretos están por salir. Como se ponen los que saben que el pueblo entero está a punto de ser descubierto.

—Aquí no ha pasado nada. Aquí es pueblo tranquilo. Aquí la gente trabaja y vive en paz.

—¿Conoce a don Lorenzo Heredia?

El nombre quedó flotando en el aire de la cantina. Quedó flotando como maldición que se dice en voz alta. Como nombre que no se debe pronunciar. Como palabra que trae desgracias.

—¿Para qué lo busca?

—Para hacerle unas preguntas. Para platicar con él. Para saber algunas cosas sobre su rancho.

—Don Lencho murió hace dos años.

—¿Cómo murió?

—De viejo. De enfermedad. De tristeza. Se murió como se mueren los hombres que han vivido mucho.

Rodríguez sacó una libreta. Sacó una libreta donde tenía anotados nombres, fechas, lugares. Sacó una libreta que era como mapa de los secretos que había ido descubriendo.

—¿Quién se quedó con el rancho?

—Nadie. El rancho se quedó solo. Se quedó con las vacas y con los trabajadores y con las cosas que siempre han estado ahí.

—¿No tenía familia?

—Tenía un hijo. Pero el hijo se fue. Se fue lejos y no volvió.

—¿Por qué se fue?

Remedios se quedó callada. Se quedó callada como se quedan los que saben que han dicho demasiado. Como se quedan los que saben que las palabras se pueden volver contra uno. Como se quedan los que saben que hay cosas que es mejor no decir.

—Los jóvenes se van. Buscan trabajo en otras partes. Buscan vida diferente. Buscan futuro que aquí no encuentran.

—¿Conoce a Juvencio Martínez?

—Juvencio murió. Murió más o menos por el mismo tiempo que don Lencho. Murió de muerte mala. Murió de balazo.

—¿Quién lo mató?

—Nadie sabe. Apareció muerto en la sierra. Apareció como aparecen los que se meten en problemas. Como aparecen los que hacen cosas que no deben hacer.

Rodríguez siguió escribiendo. Siguió escribiendo nombres que ya conocía, fechas que ya tenía, historias que ya había oído en otros lugares. Siguió escribiendo como si las palabras fueran piedras que se van juntando para construir una verdad.

—¿Podría platicar con alguien que haya trabajado en el rancho?

—Eso tendría que preguntárselo a ellos. Pero la gente de aquí no gusta hablar con forasteros. La gente de aquí es desconfiada. La gente de aquí prefiere que cada quien se ocupe de sus propios asuntos.

Rodríguez pagó la cerveza. Pagó como pagan los que saben que van a volver. Como pagan los que saben que van a necesitar información. Como pagan los que saben que el dinero a veces abre bocas que el miedo cierra.

—¿Dónde puedo encontrar a Jacinta Morales?

—¿Para qué la busca?

—Para hacerle unas preguntas. Para saber algunas cosas sobre el rancho. Para platicar con ella.

—Jacinta vive en la casa de don Lencho. Vive ahí porque no tiene otro lugar donde ir. Vive ahí porque alguien tiene que cuidar las cosas.

—¿Cómo llego?

—Siga el camino que va hacia la sierra. Siga hasta que vea el portón grande. Siga hasta que vea la casa blanca. Pero no sé si le vaya a abrir. No sé si le vaya a hablar. No sé si le vaya a decir lo que quiere saber.

Rodríguez se fue de la cantina. Se fue sabiendo que ya había empezado a mover las cosas. Se fue sabiendo que ya había plantado las preguntas que iban a germinar. Se fue sabiendo que el pueblo entero ya sabía que había llegado alguien que venía a escarbar.

El camino al rancho era de tierra, polvoriento, lleno de baches que la lluvia había hecho y que el sol había endurecido. Era camino que conocía los cascos de los caballos, las llantas de las camionetas, los pies de los hombres que venían y se iban como sombras. Era camino que había visto pasar muchas cosas, que había guardado muchos secretos, que había sido testigo de muchas historias.

La casa apareció al fondo del camino. Apareció como aparecen las cosas que han estado esperando mucho tiempo. Como aparecen las cosas que saben que algún día van a ser encontradas. Como aparecen las cosas que cargan historia en las paredes.

Era casa grande, de adobe, con corredor largo y techo de tejas. Era casa que había sido próspera, que había tenido dinero, que había conocido tiempos mejores. Era casa que ahora se veía triste, abandonada, como si estuviera esperando que alguien viniera a despertarla.

Jacinta salió al corredor. Salió como salen los que han oído motores que no conocen. Como salen los que saben que van a tener que contestar preguntas. Como salen los que saben que el pasado ha venido a visitarlos.

Era mujer de sesenta años, con el cabello blanco recogido en chongo, con las manos marcadas por el trabajo, con los ojos que habían visto cosas que se guardaban como tesoros peligrosos. Era mujer que había aprendido a vivir con los secretos, que había aprendido a callar lo que sabía, que había aprendido a guardar las cosas que era mejor no decir.

—¿Qué se le ofrece?

—Soy agente federal. Vengo a hacerle unas preguntas sobre don Lorenzo Heredia.

—Don Lencho murió. Ya no está aquí. Ya no puede contestar preguntas.

—Por eso vengo con usted. Usted trabajó para él. Usted conocía la casa. Usted sabía cómo vivía.

Jacinta lo miró. Lo miró como miran los que saben que la mentira ya no va a servir. Como miran los que saben que las cosas que se esconden siempre salen. Como miran los que saben que ha llegado la hora de hablar.

—¿Qué quiere saber?

—Quiero saber por qué murió tanta gente. Quiero saber dónde están los cuerpos. Quiero saber qué pasó aquí.

—Aquí no pasó nada. Aquí vivíamos tranquilos. Aquí trabajábamos la tierra y criábamos ganado.

—¿Y los periodistas que vinieron y no regresaron?

—No sé de qué periodistas habla.

—¿Y los trabajadores que desaparecieron?

—Los trabajadores se van. Se van a buscar trabajo a otras partes. Se van y no mandan cartas. Se van y no dicen adónde van.

—¿Y Juvencio Martínez?

Jacinta se puso pálida. Se puso pálida como se ponen los que oyen nombres que no deberían oírse. Como se ponen los que saben que los muertos no deberían nombrarse. Como se ponen los que saben que algunas palabras traen desgracias.

—Juvencio murió. Murió de muerte mala. Murió porque se metió en problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Problemas que no son asunto mío. Problemas que no son asunto suyo. Problemas que son mejor no saber.

Rodríguez se acercó. Se acercó como se acercan los que saben que van a conseguir la verdad. Como se acercan los que saben que la paciencia siempre da fruto. Como se acercan los que saben que las piedras también tienen memoria.

—Jacinta, yo sé que usted sabe cosas. Yo sé que usted vio cosas. Yo sé que usted puede ayudarme a encontrar la verdad.

—¿Qué verdad?

—La verdad de los que murieron. La verdad de los que desaparecieron. La verdad de lo que pasó en este rancho.

Jacinta se sentó en una silla del corredor. Se sentó como se sientan los que están cansados de cargar peso. Como se sientan los que están cansados de guardar secretos. Como se sientan los que están cansados de mentir.

—¿Usted tiene familia?

—Tengo esposa. Tengo hijos. Tengo gente que me espera.

—Entonces entiende por qué no puedo hablar. Entonces entiende por qué no puedo decir lo que sé. Entonces entiende por qué es mejor que se vaya.

—¿Qué le puede pasar si habla?

—Lo mismo que les pasó a los que hablaron antes. Lo mismo que les pasó a los que hicieron preguntas. Lo mismo que les pasó a los que no entendieron que aquí hay cosas que no se tocan.

—¿Dónde están enterrados?

La pregunta quedó flotando en el aire. Quedó flotando como piedra que se avienta al agua. Como verdad que se dice por primera vez. Como secreto que se escapa de la boca sin permiso.

—¿Quiénes?

—Los muertos. Los desaparecidos. Los que ya no están.

Jacinta se levantó. Se levantó como se levantan los que han decidido que ya no pueden más. Como se levantan los que han decidido que es hora de hablar. Como se levantan los que han decidido que los muertos también tienen derecho a que los encuentren.

—Venga conmigo.

Caminaron por el patio. Caminaron por la tierra que había visto pasar tantas cosas. Caminaron por el lugar donde las gallinas todavía picoteaban como si nada hubiera pasado. Caminaron hasta llegar a un lugar donde la tierra se veía diferente.

—Aquí —dijo Jacinta—. Aquí fue donde don Lencho mató a Juvencio. Aquí fue donde la sangre se secó. Aquí fue donde empezó todo a acabarse.

—¿Usted lo vio?

—Yo lo vi. Yo limpié la sangre. Yo ayudé a cargar el cuerpo. Yo vi cómo don Lencho se quedó parado con la pistola en la mano, como si no creyera lo que había hecho.

—¿Por qué lo mató?

—Porque Juvencio lo traicionó. Porque Juvencio vendió la información. Porque Juvencio trajo a la gente que quería quitarle el rancho.

—¿Dónde está enterrado?

—En la sierra. En un lugar donde hay muchos otros. En un lugar donde la tierra está llena de huesos.

—¿Puede llevarme?

—Puedo. Pero no voy a volver. Si voy con usted, me voy para siempre. Si le enseño el lugar, ya no puedo quedarme aquí.

—¿Por qué?

—Porque esta tierra no perdona. Porque esta tierra no olvida. Porque esta tierra cobra las cuentas.

Rodríguez miró alrededor. Miró la casa que había conocido días prósperos. Miró la tierra que había sido regada con sangre. Miró los cerros que guardaban secretos como guardan las piedras la memoria del tiempo.

—¿Usted cree que don Lencho era malo?

—No era malo. Era hombre que se metió en cosas que no sabía manejar. Era hombre que quería salvar su tierra y que acabó perdiendo su alma. Era hombre que pensaba que podía controlar las cosas y que acabó siendo controlado por ellas.

—¿Y los otros muertos?

—Los otros muertos eran gente que estorbaba. Periodistas que hacían preguntas. Trabajadores que sabían demasiado. Gente que venía a investigar y que no entendía que aquí había cosas que no se investigaban.

—¿Cuántos eran?

—Muchos. Demasiados. Tantos que don Lencho perdió la cuenta. Tantos que ya no podía dormir. Tantos que empezó a oír gallos que cantaban desde la tierra.

El viento empezó a soplar. Empezó a soplar como si la tierra estuviera suspirando. Como si la tierra estuviera cansada de guardar secretos. Como si la tierra estuviera lista para soltar todo lo que había guardado.

—¿Vamos? —preguntó Jacinta.

—Vamos —dijo Rodríguez.

Y se fueron hacia la sierra. Se fueron hacia el lugar donde la tierra guardaba la memoria. Se fueron hacia el lugar donde las piedras sabían cosas que los hombres habían olvidado. Se fueron hacia el lugar donde los muertos esperaban que alguien viniera a buscarlos.

Se fueron porque sabían que había llegado la hora. La hora de que los secretos salieran. La hora de que los muertos tuvieran nombres. La hora de que la verdad se supiera.

Se fueron porque sabían que las piedras tienen memoria. Y que esa memoria no se borra. Y que esa memoria siempre encuentra la manera de salir a la luz.

Y el viento siguió soplando. Siguió soplando desde la sierra. Siguió soplando desde los muertos. Siguió soplando desde el lugar donde la verdad había estado esperando su momento.

Y ese momento había llegado. Había llegado con el agente que no se vendía. Había llegado con la mujer que ya no podía callar. Había llegado con el viento que traía el olor de los huesos.

Y los gallos cantaron. Cantaron desde la tierra. Cantaron desde los muertos. Cantaron para anunciar que la verdad ya venía en camino.

Capítulo 12

Don Lencho y los perros del llano

Los perros llegaron con la madrugada. Llegaron como llegan las cosas que no se explican, como llegan las señales que mandan los muertos, como llegan los avisos que trae el viento cuando algo está por acabarse. Llegaron desde todos los rincones del llano, desde las rancherías abandonadas, desde los lugares donde ya no vive nadie pero donde todavía quedan las sombras de los que se fueron.

Eran perros flacos, de costillas marcadas, con el pelaje descolorido por el sol y las lluvias. Perros que habían perdido a sus dueños, que habían perdido sus casas, que habían perdido el rumbo y ahora andaban como almas en pena buscando un lugar donde echarse a morir. Perros que olían a tierra seca, a monte quemado, a esa tristeza que se pega a las cosas cuando han visto demasiada muerte.

Se juntaron alrededor de la casa de don Lencho. Se juntaron como se juntan los que saben que van a presenciar algo importante. Como se juntan los que saben que van a ser testigos de un final. Como se juntan los que saben que tienen que estar ahí para ver cómo se muere un hombre que ha vivido demasiado.

Don Lencho los veía desde la ventana. Los veía acostados bajo la sombra de los mezquites, jadeando con la lengua de fuera, mirando hacia la casa con esos ojos que saben cosas que los hombres no saben. Los veía y se acordaba de cuando tenía perros propios, cuando tenía perros que lo seguían a todas partes, cuando tenía perros que lo defendían y que morían por él.

Pero esos perros habían muerto. Habían muerto como mueren todas las cosas que uno quiere. Habían muerto de viejos, de enfermos, de balas perdidas, de veneno que les echaban los enemigos. Habían muerto y lo habían dejado solo, tan solo que hasta los perros ajenos venían a hacerle compañía.

Hacía tres semanas que no salía de la casa. Hacía tres semanas que no hablaba con nadie. Hacía tres semanas que Jacinta le dejaba la comida en la puerta y se iba sin decir palabra, como si entendiera que don Lencho ya no era el mismo hombre, como si entendiera que don Lencho ya estaba más muerto que vivo.

Se levantaba al amanecer y se quedaba parado en la ventana. Se quedaba parado viendo el llano que se extendía hasta donde se perdía la vista. Se

quedaba parado viendo la tierra que había sido suya, que había defendido, que había regado con sangre de otros y que ahora lo esperaba para regarse con la suya.

Veía cosas que no estaban ahí. Veía a su hijo caminando por el patio, veía a los trabajadores que habían muerto, veía a los periodistas que habían venido a hacer preguntas y que ahora estaban bajo la tierra de la sierra. Los veía como se ven las cosas en los sueños, como se ven las cosas cuando la culpa se vuelve fantasma, como se ven las cosas cuando los muertos deciden visitarlo a uno.

Hablaba con ellos. Hablaba como hablan los que han perdido la razón, como hablan los que ya no pueden distinguir entre los vivos y los muertos, como hablan los que cargan tanto peso que ya no pueden cargar más. Les pedía perdón. Les explicaba por qué había tenido que hacer lo que hizo. Les decía que no había tenido otra opción.

Pero los muertos no le contestaban. Los muertos solo lo miraban con esos ojos que ya no ven, con esas bocas que ya no hablan, con esas manos que ya no tocan. Lo miraban como miran los que saben que la cuenta está por cobrarse, como miran los que saben que el tiempo se ha acabado, como miran los que saben que han venido a llevárselo.

Los perros lo sabían. Los perros siempre saben cuándo alguien se va a morir. Saben por el olor que cambia, por la manera de caminar que se vuelve lenta, por la manera de mirar que se vuelve vacía. Saben y por eso vienen a esperar, por eso vienen a acompañar, por eso vienen a estar presentes cuando llega el final.

Don Lencho ya no comía. Ya no comía porque la comida le sabía a tierra, porque la comida le sabía a muerte, porque la comida le sabía a todas las cosas que había hecho y que ahora lo perseguían. Se había vuelto flaco como los perros, se había vuelto sombra como los fantasmas, se había vuelto eco como los muertos que lo visitaban.

Ya no dormía. Ya no dormía porque cuando cerraba los ojos veía las caras de los que había matado. Veía las caras de los que había mandado matar. Veía las caras de los que habían muerto por su culpa. Las veía tan claras como si estuvieran vivas, tan reales como si estuvieran ahí, tan presentes como si hubieran venido a cobrarse la cuenta.

Caminaba por la casa como animal enjaulado. Caminaba por los corredores que habían conocido días prósperos, por los cuartos que habían estado llenos de vida, por los rincones que ahora guardaban solo silencio y sombras. Caminaba y los perros afuera lo seguían con la mirada, como si supieran que estaba buscando algo que no iba a encontrar.

Buscaba la paz. Buscaba el perdón. Buscaba la manera de quitarse de encima el peso que lo estaba matando. Buscaba la manera de dormir sin soñar, de comer sin vomitar, de vivir sin cargar muertos. Pero no la encontraba. No la encontraba porque no la había. No la encontraba porque no se puede encontrar lo que no existe.

Los perros aumentaron. Al principio eran cinco, luego fueron diez, luego fueron veinte, luego fueron tantos que don Lencho perdió la cuenta. Llegaron de todos los rumbos del llano, llegaron siguiendo un llamado que solo ellos podían oír, llegaron siguiendo una señal que solo ellos podían entender.

Se acomodaron alrededor de la casa. Se acomodaron como se acomodan los que van a esperar mucho tiempo. Como se acomodan los que saben que su trabajo es esperar. Como se acomodan los que saben que están ahí para cumplir con algo que está escrito desde antes de que el mundo fuera mundo.

No ladraban. No peleaban. No hacían ruido. Solo estaban ahí, jadeando bajito, mirando hacia la casa, esperando. Esperando como esperan los que saben que todo lo que empieza tiene que acabar. Esperando como esperan los que saben que su momento va a llegar.

El padre Anselmo se enteró por Jacinta. Se enteró que don Lencho ya no salía, que don Lencho ya no comía, que don Lencho hablaba solo y que los perros habían llegado a esperarlo. Se enteró y supo que tenía que ir. Supo que tenía que ir porque era su deber, porque era su obligación, porque era lo que hacían los curas cuando alguien se estaba muriendo.

Pero tenía miedo. Tenía miedo porque había oído las historias. Tenía miedo porque sabía lo que don Lencho había hecho. Tenía miedo porque sabía que don Lencho tenía las manos manchadas de sangre y que esa sangre no se limpiaba ni con agua bendita.

Era cura joven. Era cura que había llegado al pueblo hacía apenas un año, que había llegado lleno de esperanzas, que había llegado creyendo que podía cambiar las cosas. Era cura que todavía creía en la bondad de los hombres, que todavía creía en el perdón, que todavía creía que todos tenían salvación.

Pero San Joaquín del Llano le había enseñado otras cosas. Le había enseñado que hay hombres que no tienen salvación. Le había enseñado que hay pecados que no se perdonan. Le había enseñado que hay maldades que se pegan a la tierra y que la tierra no las olvida.

Llegó a la casa cuando el sol se estaba poniendo. Llegó cuando los perros estaban más inquietos, cuando los perros se movían como si supieran que algo estaba por pasar. Llegó y los perros lo miraron, lo miraron como si supieran que había venido a hacer algo importante, como si supieran que había venido a presenciar un final.

Jacinta lo recibió en la puerta. Lo recibió con los ojos llorosos, con las manos temblorosas, con la voz quebrada por la tristeza. Lo recibió como se recibe a los que vienen a dar la extremaunción, como se recibe a los que vienen a cerrar los ojos de los muertos.

—Ya no come, padre. Ya no duerme. Ya no habla conmigo. Solo habla con los que ya no están.

—¿Qué dice?

—Les pide perdón. Les dice que no quería hacerlo. Les dice que no tuvo otra opción. Les dice que lo perdonen.

—¿Y ellos qué le contestan?

—Ellos no le contestan nada. Ellos solo lo miran. Lo miran como miran los muertos. Lo miran como miran los que ya no pueden perdonar.

El padre Anselmo entró a la casa. Entró como entran los que van a terreno sagrado, como entran los que van a presenciar misterios, como entran los que van a ver cómo se muere un alma. Entró y sintió el peso de la casa, el peso de los secretos, el peso de todo lo que había pasado entre esas paredes.

Lo encontró en el cuarto principal. Lo encontró sentado en una silla, mirando hacia la pared, hablando con voces que no estaban ahí. Lo encontró flaco como esqueleto, pálido como muerto, con los ojos hundidos como cuevas donde ya no vive nadie.

—Don Lorenzo —dijo el padre—. Vine a verlo. Vine a platicar con usted.

Don Lencho lo miró. Lo miró como si tardara en recordar quién era. Lo miró como si tardara en recordar qué hacía un cura en su casa. Lo miró como si tardara en recordar que todavía estaba vivo.

—¿Usted viene de parte de ellos?

—¿De quiénes?

—De los que están ahí. De los que me vienen a buscar. De los que vienen a cobrarme la cuenta.

—Vengo de parte de Dios. Vengo a ofrecerle la confesión. Vengo a ayudarlo a encontrar la paz.

Don Lencho se rio. Se rio como se ríen los que han perdido la razón, como se ríen los que ya no creen en nada, como se ríen los que saben que no hay paz para los que han hecho lo que él hizo.

—¿Paz? ¿Usted cree que puede haber paz para mí? ¿Usted cree que Dios perdona a los que han matado tantos? ¿Usted cree que hay perdón para los que han regado la tierra con sangre?

—Dios perdona todo. Dios perdona a los que se arrepienten. Dios perdona a los que confiesan sus pecados.

—¿Y los muertos? ¿Los muertos también perdonan? ¿Los muertos también olvidan? ¿Los muertos también dan segundas oportunidades?

El padre Anselmo se acercó. Se acercó como se acercan los que quieren consolar, como se acercan los que quieren ayudar, como se acercan los que quieren salvar almas. Se acercó y sintió el frío que salía de don Lencho, el frío de los que ya están muertos en vida, el frío de los que ya no tienen salvación.

—Los muertos descansan en Dios. Los muertos ya no sufren. Los muertos ya no guardan rencor.

—¿Cómo sabe? ¿Usted ha hablado con ellos? ¿Usted los ha visto como los veo yo? ¿Usted ha oído sus voces como las oigo yo?

—Yo veo con los ojos de la fe. Yo escucho con los oídos del alma. Yo sé que Dios es misericordioso.

Don Lencho se levantó. Se levantó como se levantan los que van a decir la verdad, como se levantan los que van a mostrar quiénes son realmente, como se levantan los que ya no pueden fingir.

—¿Quiere que le diga lo que he hecho? ¿Quiere que le cuente todos los muertos que cargo? ¿Quiere que le diga por qué los perros vinieron a esperarme?

—Si quiere confesarse, yo lo escucho. Si quiere arrepentirse, yo le doy la absolución. Si quiere salvarse, yo le ayudo.

—No quiero salvarme. No quiero perdonarme. No quiero que me perdonen. Quiero que me lleven. Quiero que me cobren la cuenta. Quiero que me den lo que merezco.

Y siguió hablando. Siguió hablando como río que se desborda, como fuego que consume, como viento que arrasa. Siguió hablando y le contó todo. Le contó de los periodistas que había mandado matar, le contó de los trabajadores que sabían demasiado, le contó de Juvencio y de cómo lo había matado con sus propias manos.

Le contó y el padre Anselmo lo escuchó. Lo escuchó como se escuchan las cosas que no se pueden creer, como se escuchan las cosas que no se pueden perdonar, como se escuchan las cosas que no se pueden olvidar. Lo escuchó y sintió que se le helaba la sangre, que se le secaba la boca, que se le quebraba la fe.

Afuera, los perros empezaron a aullar. Empezaron a aullar como aúllan los que saben que la muerte está cerca, como aúllan los que saben que el final ha llegado, como aúllan los que saben que han cumplido con su trabajo de esperar.

Don Lencho se calló. Se calló como se callan los que han dicho todo lo que tenían que decir, como se callan los que han vaciado su alma, como se callan los que ya no tienen nada más que contar.

—¿Me va a dar la absolución? —preguntó.

El padre Anselmo lo miró. Lo miró y no pudo hablar. Lo miró y no pudo mover las manos. Lo miró y no pudo encontrar las palabras que se necesitan para perdonar lo que no se puede perdonar.

—No puedo —dijo—. No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no hay arrepentimiento. Porque no hay dolor. Porque no hay ganas de cambiar. Porque usted no quiere salvarse.

—¿Y eso qué importa?

—Importa todo. Importa porque sin arrepentimiento no hay perdón. Sin dolor no hay salvación. Sin ganas de cambiar no hay esperanza.

Don Lencho se quedó callado. Se quedó callado y miró hacia la ventana, hacia donde estaban los perros, hacia donde estaba el llano que lo había visto nacer y que lo iba a ver morir. Se quedó callado y supo que el padre tenía razón. Supo que ya no había salvación para él. Supo que ya no había esperanza.

—Váyase —dijo—. Váyase antes de que sea tarde. Váyase antes de que los perros lo incluyan en la cuenta.

El padre Anselmo se fue. Se fue como se van los que han visto cosas que no se pueden ver, como se van los que han oído cosas que no se pueden oír, como se van los que han tocado la maldad con las manos y saben que se les ha pegado.

Se fue y no volvió. Se fue y no habló. Se fue y guardó el secreto como se guardan las cosas que no se pueden contar, como se guardan las cosas que no se pueden decir, como se guardan las cosas que es mejor que no se sepan.

Don Lencho se quedó solo. Se quedó solo con los perros, con los muertos, con la cuenta que estaba por cobrarse. Se quedó solo en la casa que había sido próspera, en la tierra que había sido bendita, en el llano que ahora era maldito.

Y los perros siguieron esperando. Siguieron esperando como esperan los que saben que su trabajo todavía no termina. Siguieron esperando como esperan los que saben que la muerte viene despacio pero viene segura. Siguieron esperando como esperan los que saben que las cuentas siempre se cobran.

Y el viento siguió soplando. Siguió soplando desde la sierra, desde los muertos, desde el lugar donde las piedras guardan la memoria y donde la tierra no perdona. Siguió soplando y trajo el olor de los huesos, el olor de la sangre seca, el olor de la justicia que se acerca.

Y don Lencho siguió hablando con los muertos. Siguió hablando como hablan los que ya no pueden más, como hablan los que ya están listos para irse, como hablan los que ya han aceptado que ha llegado su hora.

Y los perros siguieron ahí. Siguieron ahí como testigos, como jueces, como verdugos que esperan su momento. Siguieron ahí para ver cómo se muere un hombre que ha vivido demasiado. Siguieron ahí para ver cómo se cobra una cuenta que ha estado esperando mucho tiempo.

Y el llano siguió extendiéndose. Siguió extendiéndose hasta donde se pierde la vista, hasta donde se acaba el mundo, hasta donde empiezan los lugares donde van los muertos. Siguió extendiéndose para recibir un cuerpo más, para recibir una sombra más, para recibir un alma más que se va sin perdón.

Y todo siguió igual. Todo siguió igual porque en San Joaquín del Llano las cosas no cambian. En San Joaquín del Llano los muertos no se van, los perros no se cansan de esperar, y la tierra no se cansa de recibir la sangre que le echan encima.

Y don Lencho siguió esperando. Siguió esperando que llegara su hora, que se cobrara su cuenta, que los perros terminaran su trabajo. Siguió esperando como esperan los que saben que ya no hay más que esperar. Siguió esperando como esperan los que saben que la muerte es lo único que les queda.

Y el final se acercaba. Se acercaba como se acercan las cosas que están escritas, como se acercan las cosas que no se pueden evitar, como se acercan las cosas que tienen que pasar para que el mundo siga siendo mundo.

Y los perros lo sabían. Los perros siempre saben. Los perros siempre esperan. Los perros siempre están ahí cuando llega el final.

Epílogo

Voz de la Tierra

Yo soy la tierra. Llevo aquí desde antes de que los hombres supieran ponerle nombre a las cosas, desde antes de que alguien pensara en levantar una iglesia o clavar una cerca. He visto llegar a los primeros, esos que venían del sur siguiendo las vacas, siguiendo el agua, siguiendo la esperanza de encontrar un lugar donde quedarse. He visto crecer el pueblo, he visto nacer las casas, he visto florecer los campos cuando había agua, cuando había paz, cuando había gente que me quería.

He visto también cómo se secaron los pozos. He visto cómo se fueron los jóvenes. He visto cómo se murieron los viejos. He visto cómo el pueblo se fue quedando solo, como se van quedando solos los lugares donde ya no hay esperanza, donde ya no hay futuro, donde ya no hay más que memoria.

Yo soy San Joaquín del Llano. La tierra seca, la tierra agrietada, la que el sol quema y la lluvia apenas toca. La que los hombres trabajan, pelean, y manchan con su sangre.

Pero sobre todo he visto la sangre. He visto la sangre que Lorenzo Heredia derramó sobre mí. He visto la sangre de Juvencio Martínez, que se secó bajo el sol hasta volverse costra negra. He visto la sangre de los periodistas que vinieron a hacer preguntas, la sangre de los trabajadores que sabían demasiado, la sangre de todos los que murieron porque don Lencho creyó que podía controlar las cosas matando a la gente.

La sangre se me pegó. Se me pegó como se pegan las cosas que no se pueden limpiar, como se pegan las manchas que no se quitan, como se pegan las culpas que no se perdonan. Se me pegó y me cambió, me volvió diferente, me volvió maldita.

Porque la sangre de los inocentes no se seca igual que la sangre de los culpables. Se queda en mí como una semilla rara, que no germina ni se pudre, que solo espera. Se vuelve viento que no para de soplar.

Y yo la guardé. La guardé en mis grietas, en mis piedras, en mis raíces, como se guardan las cosas que algún día van a servir de testimonio.

Guardé también los huesos. Los huesos de todos los que murieron sin que nadie los llorara, sin que nadie los buscara, sin que nadie supiera dónde estaban. Los guardé en la sierra, en los lugares donde don Lencho los mandó enterrar, donde la tierra es más dura, más seca, más sola.

Los guardé envueltos en raíces, cubiertos de piedras, acompañados de flores que crecían sin agua, que crecían sin sol, que crecían nada más del dolor que yo sentía por ellos. Los guardé como se guardan los tesoros, como se guardan las joyas, como se guardan las cosas que valen más que el oro.

Porque los huesos de los muertos son sagrados.

Y yo los cuidé para que no se perdieran, para que no se olvidaran, para que algún día alguien viniera a buscarlos.

Hasta que llegó el agente Rodríguez. El hombre que no se vendía, que no se callaba, que no se iba. El que traía en los ojos la terquedad de los que buscan la verdad, la paciencia de los que saben esperar, la fuerza de los que no se rinden.

Yo lo vi llegar y supe que había llegado el momento. El momento de que los muertos salieran de mi vientre, el momento de que los huesos volvieran a tener nombres, el momento de que la sangre que guardaba sirviera de testimonio.

Y lo guie hasta Jacinta. Jacinta que había visto todo, que había callado todo, que había guardado todo. Jacinta que había cargado el peso de los secretos, el peso de las mentiras, el peso de la culpa que no era suya. Jacinta que al final tuvo el valor de hablar, que al final tuvo la fuerza de decir la verdad, que al final tuvo la dignidad de hacer lo correcto.

Y cuando llegaron a la sierra, cuando llegaron al lugar donde estaban los huesos, yo sentí alivio. El alivio de quien se quita una carga que ha cargado demasiado tiempo. El alivio de quien por fin puede descansar.

Los huesos salieron de mí. Salieron como salen las flores en primavera, como salen las plantas después de la lluvia, como salen las cosas que han estado esperando su momento. Salieron y volvieron a tener nombres, volvieron a tener historias, volvieron a tener gente que los llorara.

Salieron los huesos de Juvencio Martínez, ese hombre bueno que había querido hacer lo correcto y que había muerto por eso. Salieron los huesos de los periodistas que habían venido a buscar la verdad y que habían encontrado la muerte. Salieron los huesos de los trabajadores que sabían demasiado, de los visitantes que habían hecho preguntas, de todos los que

habían muerto porque don Lencho creyó que podía esconder la verdad matando a la gente.

Salieron todos. Salieron como procesión de almas, como desfile de fantasmas, como río de justicia que por fin había encontrado su cauce. Salieron y se llevaron consigo mi dolor, mi pena, mi culpa de haberlos tenido que guardar tanto tiempo en silencio.

Y después vino la muerte de don Lencho. Vino como tenía que venir, como estaba escrito que viniera, como los perros sabían que iba a venir. Vino despacio, vino callada, vino sin gloria. Vino como vienen las muertes que no se lloran, como vienen las muertes que son más descanso que desgracia.

Los perros se fueron sin ruido, sin prisa, sin despedirse. Su trabajo había terminado.

Y yo recibí su cuerpo como recibo todos los cuerpos, sin preguntar, sin juzgar, sin distinguir entre buenos y malos. Pero no lo guardé igual que a los otros. A don Lencho lo guardé aparte, solo, donde las flores no crecen, donde las raíces no llegan, donde la lluvia no moja.

Lo guardé en tierra seca, en tierra dura, en tierra que no perdona. Lo guardé sin nombre, sin cruz, sin nada que dijera quién había sido. Lo guardé como se guardan las cosas que la tierra rechaza.

Y la maleza creció sobre su tumba. Creció y lo cubrió, lo escondió, lo borró de la vista de los hombres.

Y los hijos vinieron. Los hijos que se habían ido, que se habían olvidado, que habían renegado del apellido. Vinieron como vienen las moscas a la miel, como vienen los buitres a los muertos, como vienen los que huelen dinero. Vinieron a pelear el rancho, a dividir la tierra, a repartirse lo que don Lencho había dejado.

Pero el rancho ya no valía nada. Estaba maldito, marcado, manchado de sangre. La tierra ya no daba fruto, el agua ya no corría, los animales ya no crecían.

Los hijos pelearon y se fueron sin llevarse nada, sin conseguir nada, sin entender que no se puede heredar lo que está maldito.

Y el rancho se quedó solo con las vacas que murieron de sed, con las casas que se cayeron de viejas, con los corrales que el viento se llevó.

Y yo me quedé. Como siempre me quedo. Viendo cómo se acababa la historia, cómo se borraban las huellas, cómo se olvidaban los nombres.

Y el viento siguió soplando. Siguió soplando y se llevó el polvo, se llevó las hojas secas, se llevó los últimos vestigios de lo que había sido el rancho de don Lencho.

Pero no se llevó la memoria. La memoria se quedó conmigo, en mis piedras, en mis raíces, en mi corazón de tierra. Para que yo la guarde. Para que la transmita a los que vengan después.

Esta es mi historia, y ya está contada.

—FIN